

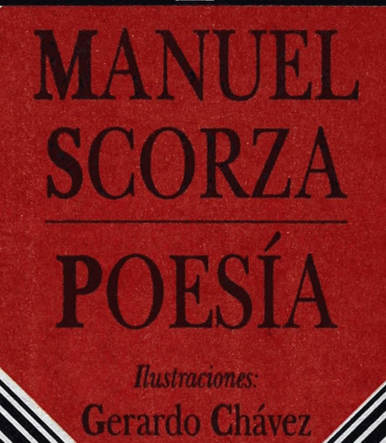
PERIOLIBROS



MANUEL SCORZA

POESÍA

Ilustraciones:
Gerardo Chávez



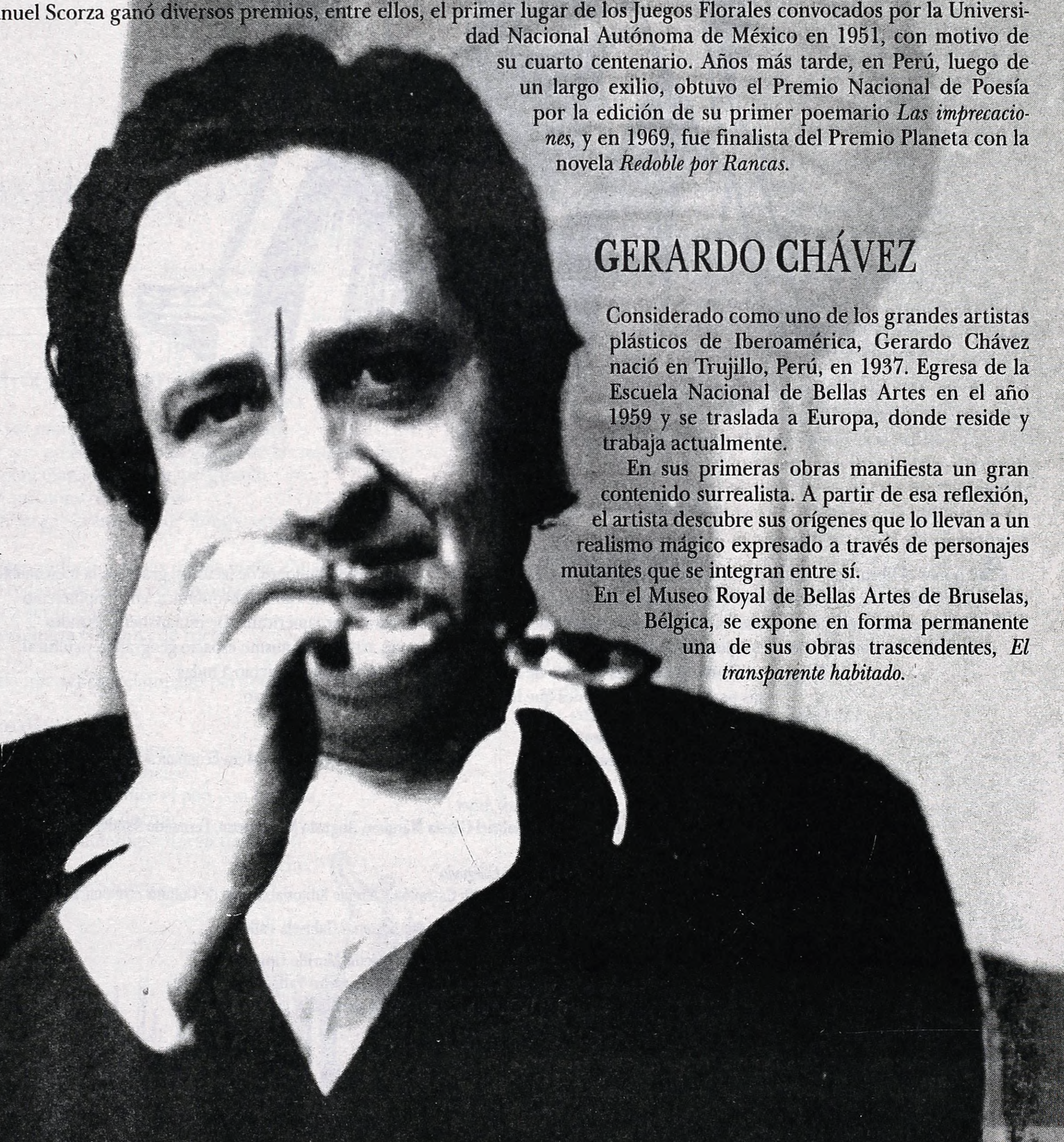




MANUEL SCORZA

Pocos autores como Manuel Scorza (1928-1983) han logrado expresar a través de su obra literaria la fuerza trágica de un pueblo indígena en su lucha por la sobrevivencia y la justicia. Autor de novelas como *Redoble por Rancas, Garabombo el invisible, El cantar de Agapito Robles, El jinete insomne, La tumba del relámpago,* y *La danza inmóvil,* Manuel Scorza ha narrado no pocos episodios de esta saga de las profundidades de los Andes Centrales, cuya magia rescató a través de una obra traducida a treinta y seis idiomas. El Perú de Scorza se recrea en un lenguaje que evoca siglos de intenso movimiento. Sus personajes luchan por defender sus derechos, cabalgando insomnes por las cordilleras, desafiando la injusticia. Esta patria pobre, vista también desde el destierro, aparece en los libros de poemas: *Las imprecaciones, Canto a los mineros de Bolivia, Los adioses, Desengaños del mago* y *Vals de los reptiles.* En homenaje a la memoria de Manuel Scorza esta edición de *Periolibros* publica una antología de estos textos poco difundidos.

Narrador, ensayista, periodista, empresario, impulsor de grandes aventuras editoriales, pero, ante todo, poeta, Manuel Scorza ganó diversos premios, entre ellos, el primer lugar de los Juegos Florales convocados por la Universidad Nacional Autónoma de México en 1951, con motivo de su cuarto centenario. Años más tarde, en Perú, luego de un largo exilio, obtuvo el Premio Nacional de Poesía por la edición de su primer poemario *Las imprecaciones,* y en 1969, fue finalista del Premio Planeta con la novela *Redoble por Rancas.*

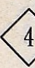


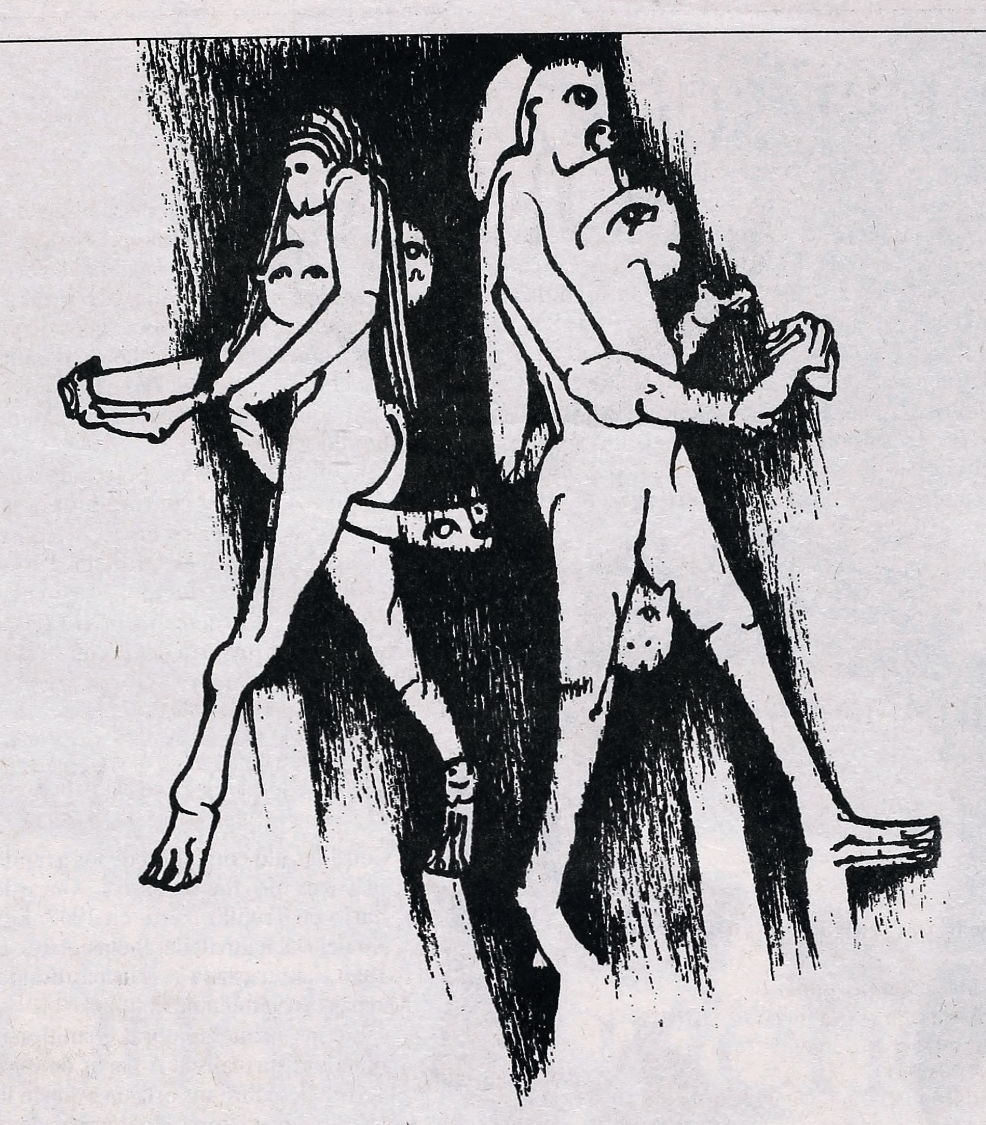
GERARDO CHÁVEZ

Considerado como uno de los grandes artistas plásticos de Iberoamérica, Gerardo Chávez nació en Trujillo, Perú, en 1937. Egresa de la Escuela Nacional de Bellas Artes en el año 1959 y se traslada a Europa, donde reside y trabaja actualmente.

En sus primeras obras manifiesta un gran contenido surrealista. A partir de esa reflexión, el artista descubre sus orígenes que lo llevan a un realismo mágico expresado a través de personajes mutantes que se integran entre sí.

En el Museo Royal de Bellas Artes de Bruselas, Bélgica, se expone en forma permanente una de sus obras trascendentes, *El transparente habitado.*





Al poner el libro, convertido en un suplemento de diario ("El Periolibro"), en manos de millones de lectores, gracias a la inestimable participación de una red de prestigiosos diarios de Iberoamérica, la UNESCO y el Fondo de Cultura Económica, en cumplimiento de sus objetivos, dan un paso importante en beneficio de la integración cultural iberoamericana. De esta manera, grandes escritores iberoamericanos del siglo veinte, ilustrados por no menos importantes artistas del mismo espacio geográfico y cultural, llegan a millones de hogares al costo de un periódico. Nuestro agradecimiento a todas las personas e instituciones que han hecho posible tan noble esfuerzo.

Federico Mayor
Director General, UNESCO

Miguel de la Madrid
Director General, Fondo de Cultura Económica

Consejo Asesor
Jorge Amado, Alfredo Bryce Echenique, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Augusto Monterroso, Fernando Savater

Dirección Colegiada
Germán Carnero Roqué, Representante de UNESCO en México / **Adolfo Castañón,** Gerente Editorial, Fondo de Cultura Económica

Coordinador General **Manuel Scorza Hoyle** / *Coordinadora Editorial* **Gabriela Vallejo**

Asesoría Técnica **Manuel Manrique Castro** / *Promoción* **Héctor Murillo Cruz**
Diseño **Vicente Rojo, Rafael López Castro** / *Formación* **Alejandro Valles**
Supervisión **Ma. Ángela González, Manuel Nava Labastida**

Diarios Asociados

Página/12, Argentina; **Presencia,** Bolivia; **O Globo,** Brasil; **Sport & Show,** Canadá; **La Nación,** Chile; **El Espectador,** Colombia; **La Nación,** Costa Rica; **Juventud Rebelde,** Cuba; **Hoy,** Ecuador; **La Prensa Gráfica,** El Salvador; **ABC,** España; **El Periódico USA,** Estados Unidos; **Siglo Veintiuno,** Guatemala; **La Prensa,** Honduras; **Aurora,** Israel; **Organización Editorial Mexicana,** México; **La Prensa,** Nicaragua; **La Estrella de Panamá,** Panamá; **Hoy,** Paraguay; **La República,** Perú; **Diário de Notícias,** Portugal; **Diálogo,** Puerto Rico; **Listín Diario,** República Dominicana; **La República,** Uruguay; **El Nacional,** Venezuela.

Periolibros: Apartado Postal 20-012, Col. San Ángel, C.P. 01001, México D.F.

Periolibros es producido y está registrado en la ciudad de México / Impreso en Argentina / octubre de 1994

POESÍA



I
LAS IMPRECACIONES
(1955)

...fui oprimido de los malos,
y preso, y desterrado.
FRANCISCO DE QUEVEDO

EPÍSTOLA A LOS POETAS QUE VENDRÁN

Tal vez mañana los poetas pregunten
por qué no celebramos la gracia de las muchachas;
quizá mañana los poetas pregunten
por qué nuestros poemas
eran largas avenidas por donde venía la ardiente cólera.

Yo respondo: por todas partes se oía el llanto,
por todas partes nos cercaba un muro de olas negras.
¿Iba a ser la poesía
una solitaria columna de rocío?

Tenía que ser un relámpago perpetuo.

Yo os digo:
mientras alguien padezca,
la rosa no podrá ser bella;
mientras alguien mire el pan con envidia,
el trigo no podrá dormir;
mientras los mendigos lloren de frío en
[la noche,
mi corazón no sonreirá.

Matad la tristeza, poetas.
Matemos a la tristeza con un palo.
Hay cosas más altas
que llorar el amor de tardes perdidas:
el rumor de un pueblo que despierta,
eso es más bello que el rocío.
El metal resplandeciente de su cólera,
eso es más bello que la luna.
Un hombre verdaderamente libre,
eso es más bello que el diamante.

Porque el hombre ha despertado,
y el fuego ha huido de su cárcel de ceniza
para quemar el mundo donde estuvo la tristeza.

ALTA ERES, AMÉRICA

Alta eres, América,
pero qué triste.

Yo estuve en las praderas,
viví con piedras y espinas,
dormí con desdichados,
sudé bajo la nieve,
me vendieron en tristísimos mercados.
¡En tu árbol
sólo he visto madurar gemidos!

Bella eres, América,
pero qué amarga,
qué noche, qué sangre para nosotros.
Hay en mi corazón muchas lluvias,

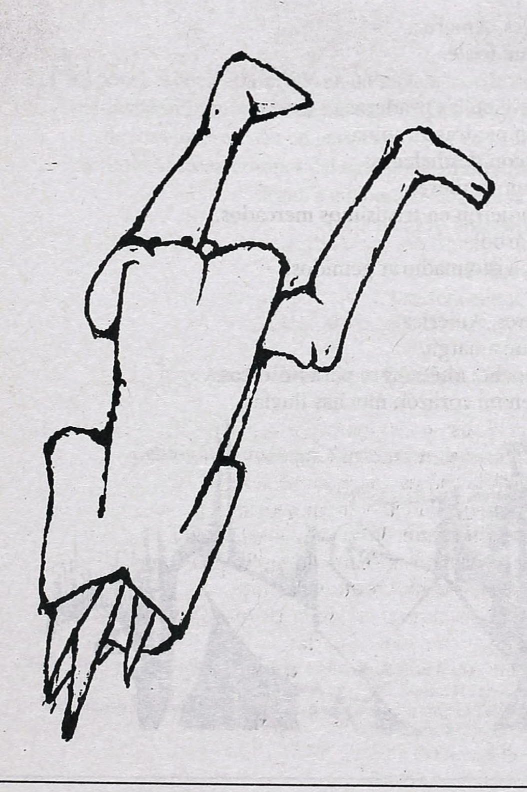


largas nieblas, patio amargo;
la pura verdad, en estas tierras,
uno a veces es tan triste
que con sólo mirar envenena las aguas.

Alta eres, bella eres,
pero yo te digo:
no pueden ser bellos los ríos
si la vida es un río que no pasa;
jamás serán tiernas las tardes
mientras el hombre tenga que enterrar su sombra
para que no huya agarrándose la cabeza.

Entonces,
¿de dónde trajeron los poetas
la guitarra que tocaban?
Yo te conozco,
dormí bajo la luna sangrienta,
despintaron mis ojos las lluvias,
quedéme al fin moribundo:
el cruel atardecer
me dio su enredadera de pájaros violentos;
en salvajes llanuras
destejí con mis manos implacables tinieblas,
en las casas entré y en las vidas,
pero jamás vi una sonrisa habitada.

Pregunté por la Alegría.
No respondió nadie.
Pregunté por la Felicidad.
No respondió nadie.
Pregunté por el Hombre.
No respondió nadie.
Tu corazón estaba obscuro al fondo de la noche.
¿Qué quieren, pues, que cante?
Ya se quemó el pez en las sartenes,
ya caímos en la trampa.
Por favor, habran las ventanas.
Aquí el pájaro no es pájaro sino pena con plumas.



YO SOY EL DESTERRADO

América,
a mí también debes oírme.
Yo soy el estudiante pobre
que tiene un solo traje y muchas penas.
Yo soy el provinciano
que no encuentra la puerta en las pensiones.
Te digo que en las calles,
y en las azoteas y en las cocinas,
y al fin de cada día y en mi pecho,
algo se está muriendo.

A mí también debes oírme.
Yo soy el desterrado,
yo vagué por las calles
hasta que los perros cerraron sus alas
sobre mi corazón.

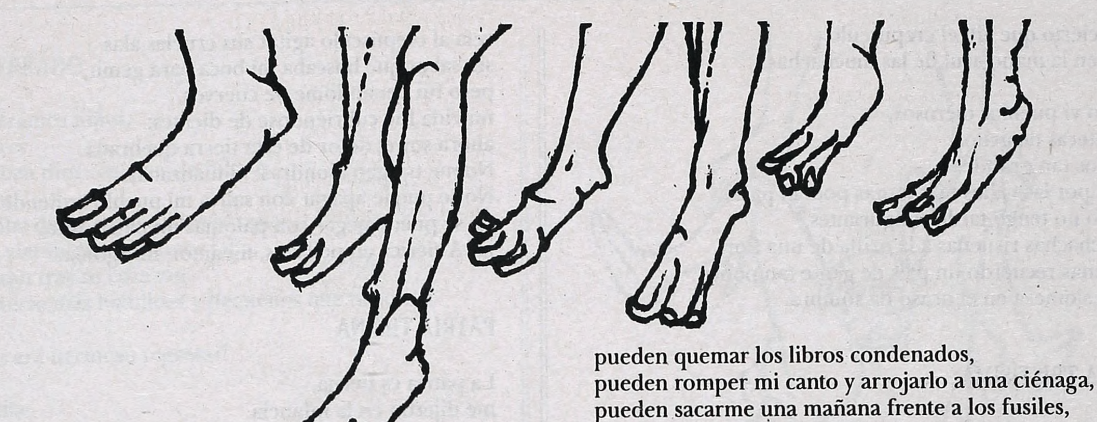
Acuérdate, acuerdate de mí.
Hay días
que no tengo ganas de ponerme los ojos,
días en que hasta los pájaros
se pudren a la mitad del vuelo.
Ay, orgullosa,
a ti no te hablaron de cuartos inmundos,
tú no sabes lo que es vivir con una mujer
que zurce su ropa llorando.
Porque durante siglos los poetas callaron,
y en el silencio sólo se escuchaba
un susurro de abejas que sonaba.
Pero un día ya no se pudo más,
y el dolor empezó a mancharlo todo:
la mañana,
el amor,
el papel donde cantábamos.
Un día el dolor empezó a gotear desde abajo,
daban los muros gritos desgarradores,
una mano amarguísima derribó mi pecho.
Ahora vengo a ti gimiendo,
aquí está mi voz encarcelada,
aquí estoy yo, debajo de esta frente, derrumbado.

AMÉRICA VUELVE A TU CASA

América,
desde que nos has dejado,
tu casa no es una casa:
sangra la estrella,
humean los ríos,
hace señas el árbol aterrado,
ni mi cuerpo distingo esta noche.
Nos han golpeado hasta sacarnos chispas.
¿Qué esperas para volver?
¿no ves a los muertos parpadeando en las esquinas?
¿no ves que mi cuarto se desangra por la ventana?

Vuelve, América, a tu casa.
Yo te quiero libre o morir.
Yo mañana seré olvido, y olvido
los reyes y los hijos de los reyes,
pero tú serás,
siempre tus dedos tejerán las tardes,
y las muchachas sentirán en su boca
el vacío
dejado en el aire por la alondra al partir.





Vuelve a tu casa,
levanta mi corazón del polvo,
devuélvele la cara al desterrado,
derriba el muro que nos separa de la dicha.
Yo sé que están tristes las montañas,
yo sé que muchos pueblos
caminan temblando sobre la nieve de sus días terribles,
yo sé que aún nos esperan tinieblas, traiciones, soledades,
mas no podrán contra este amor.

Estas sombras pasarán.
Pueden encanecer las aguas,
pueden degollar al dulce lirio,
pueden fusilar a los gorriones,
pueden quemar los libros condenados,
pueden romper mi canto y arrojarlo a una ciénaga,
pueden sacarme una mañana frente a los fusiles,
pero no apagarán tu resplandor.

Un día seremos libres.
La tierra será libre.
Los poetas no cantarán, como yo, en el destierro.
Y ya no habrá más miedo, ni muñecos malos, ni penumbra.

Para entonces guardadme lo soñado.
Soñad nomás, no tengáis miedo.
Yo os traeré las increíbles cosas que soñabais,
la novia traeré al muchacho feo,
y cantaré hasta que el sapo sea hermoso.
Yo, poeta,
nombro al pueblo
heredero universal de la risa y del rocío.

Camaradas, en esa aurora aguardadme.
Pero si ese día estoy callado y no respondo;
si el viento me llama y no respondo;
si la tarde me llama y no respondo;
si con palomas de amor el amor me llama y no respondo,
llámame con tu voz, América,
y marchará mi polvo tras tu bandera roja.

PATRIA POBRE

PATRIA POBRE

Yo conocí en mi patria sólo rostros vacíos,
hombres de mirada prematuramente cana,
balnearios de hueso
donde antes de tiempo veraneaba la muerte.
Yo sólo recuerdo ojos en la niebla.

Así era mi padre:
un hombre que miraba la lejanía
como si él mismo estuviera por venir;
así son los que en mí caminan cuando duermo,
así son los hombres, los pueblos, el mar.
Yo no conocía el rostro de mi patria.
Tuvo que caérseme el corazón a un pozo.
Tuve que oírla llorar de miedo en las prisiones,
tuve que alzarlo chorreando alaridos,
tuve que verla con su cartel de ciego en los suburbios,
para comprender que la patria
era lo que me dolía bajo tanto dolor.

Porque no es cierto que en mi patria
crezca una flor de espuma inmóvil,

no es cierto que allí el crepúsculo
coma en la mano azul de las muchachas.

Yo sólo vi pueblos ojerosos,
sementeras de gritos,
gemidos tan grandes
que ni por las calles más largas podían pasar.
Por eso no tengo tardes fulgurantes,
ni muchachas risueñas a la orilla de una flor.
Yo apenas recuerdo un país de gente tan pobre
que ni siquiera en el ocaso da sombra.

PATRIA TRISTÍSIMA

Ay, Perú, patria tristísima.
¿De dónde sacaron los poetas sus pájaros transparentes?
Yo sólo veo dolor,
yo, únicamente amargas cocinas,
yo, puramente platos vacíos,
a mí solamente sálenme espinas,
sálenme lobos furiosos del pecho abierto.
¿En dónde no estuvo la tiranía,
la frente arrasada, el pétalo impotente?
¡Hasta en las más dulces frutas
hallé carbones encendidos!

Ay, Perú, patria tristísima.
Si yo llamara al padre
y al padre padre hasta el padre más antiguo
para que me mostraran la dicha,
toda la felicidad que aquí sonó
cabría en un pañuelo.
Óyeme, patria:
yo como tú estoy hecho con el metal del humillado.
En las sierras se muerden la nieve
hombres amargos como yo;
en las aldeas tropiezan con su pecho
hombres heridos como yo;
en pueblos pálidos se buscan entre las cáscaras
desgraciados como yo.

¡Ah, qué tristeza!
Cuando yo era niño,
veía al crepúsculo agitar sus crueles alas
sin saber que buscaba mi boca para gemir,
pero fui llenándome de cuervos,
mi vida fue cubriéndose de dientes:
ahora soy el dolor de esta tierra quebrada.
No me traigan alondras, ni manzanas.
No se puede apagar con saliva mi pueblo ardiendo,
no se puede pegar con palomas mi patria rota,
mi América en pedazos, mi amor, mi agonía.

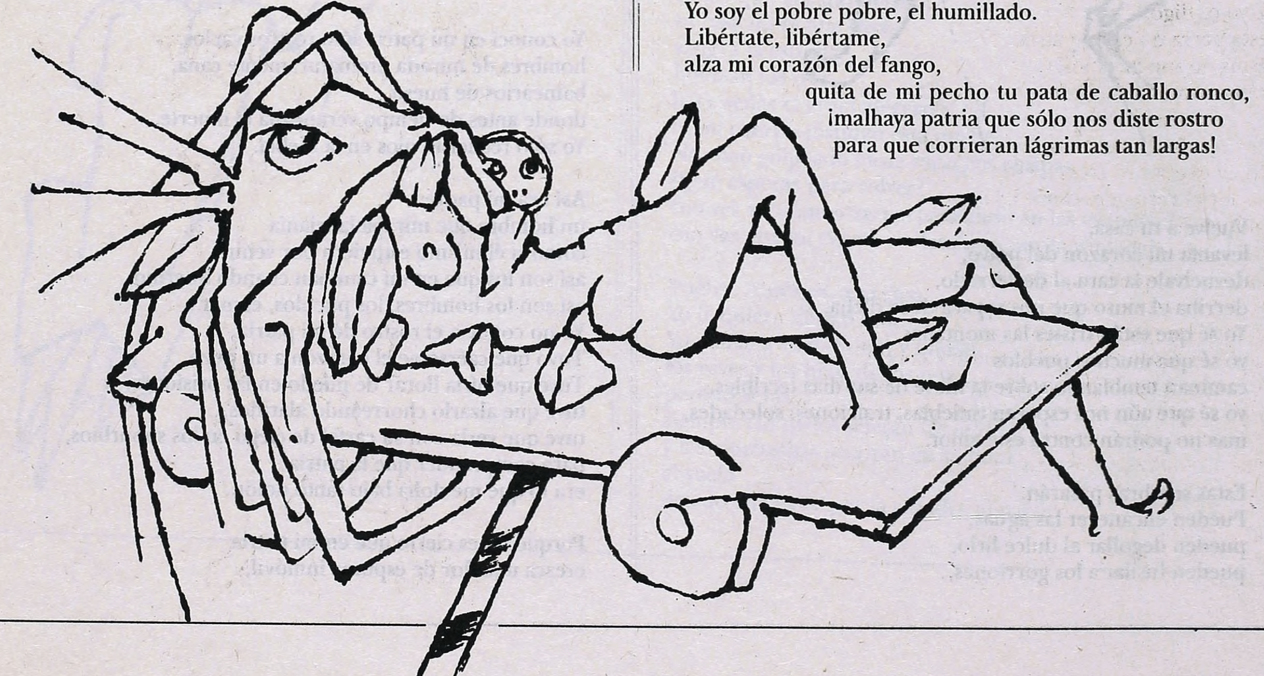
PATRIA TIERNA

La patria es tierna,
me dijeron en la infancia,
la patria tiene un río de rápidos diamantes;
en la llanura
el viento acerca a las doncellas
su caballo blanco.

Un día salí a buscarte,
anduve lobos y marismas,
pero no hallé la copa
donde bebías dulces crepúsculos.
Bajo un árbol malvado
temblaba un pueblo miserable,
roto de sed
se arrastraba el pájaro.

Ay, qué amarga dulzura.
Bella era mi juventud.
Yo cantaba: ahora estoy triste,
y es por ti, tierra pobre,
es por esos pueblos de una sola calle
por donde nunca caminó la dicha.

Patria, cómo creíste.
Ya se tragó al crepúsculo una araña.
Cercado estoy, humeando,
traigo en mi bolsillo cadáveres,
loco, bruto, negro, clamo.
Acuérdate del hombre,
acuérdate cuando el mar
se quitaba su máscara de olas
para jugar con nosotros en la arena.
Yo soy el pobre pobre, el humillado.
Libértate, libértame,
alza mi corazón del fango,
quita de mi pecho tu pata de caballo ronco,
¡malhaya patria que sólo nos diste rostro
para que corrieran lágrimas tan largas!



EL DESTERRADO

Cuando éramos niños,
y los padres
nos negaban diez centavos de fulgor,
a nosotros
nos gustaba desterrarnos a los parques,
para que vieran que hacíamos falta,
y caminaran tras su corazón
hasta volverse más humildes y pequeños que nosotros.

¡Entonces era hermoso regresar!

Pero un día
parten de verdad los barcos de juguete,
cruzamos corredores, vergüenzas, años;
y son las tres de la tarde
y el sol no calienta la miseria.
Un impresor misterioso
pone la palabra Tristeza
en la primera plana de todos los periódicos.

Ay, un día caminando comprendemos
que estamos en una cárcel de muros que se alejan...

Y es imposible regresar.

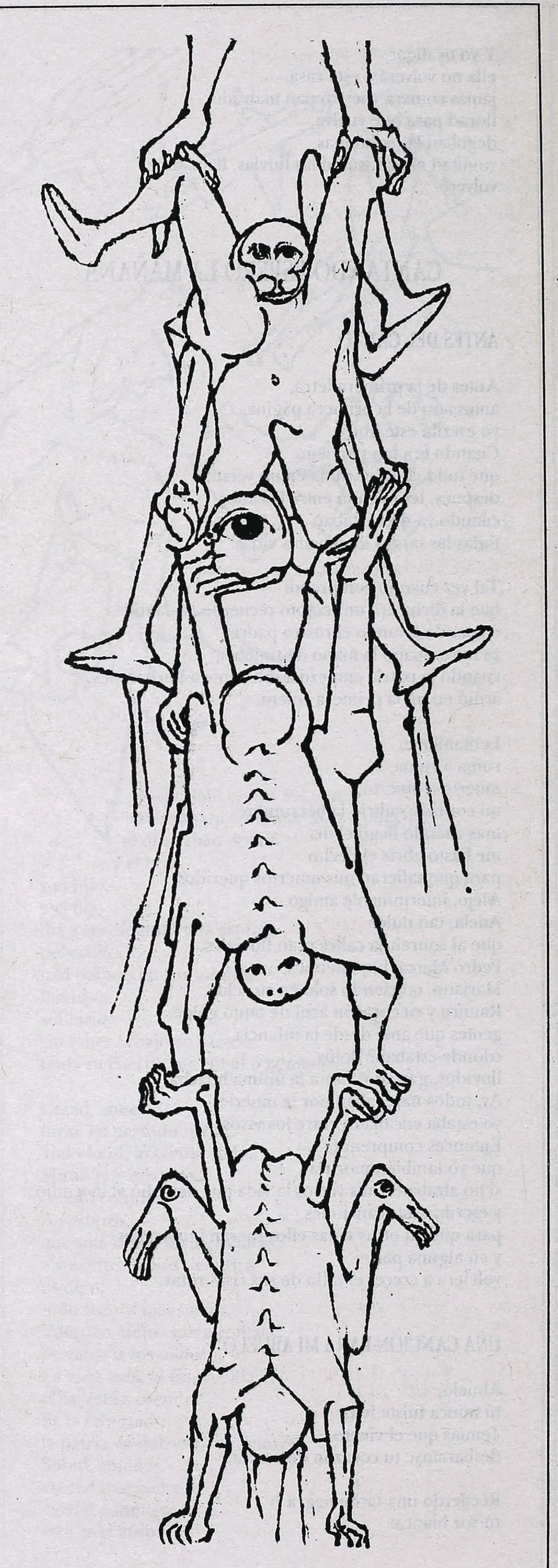
USTEDES TIENEN LAS TARDES

Ustedes tienen las tardes,
siembran los hijos, recogen los besos,
maduran las frutas,
pero no tienen patria.

Cuando un pueblo cae a la penumbra sauria,
y los hombres se callan, se enfangan, se empuercan,
y el poeta pregunta y nadie responde,
y atan a la vergüenza para que no lo siga,
y no huyen las letras de los infames libros,
y nadie se rompe el corazón llorando,
la patria se aleja,
se va con los poetas a comer destierros,
se pone terribles ropas pobres.

Y yo os digo:
esta perra no es mi patria,
éstos no son mis ojos,
cambiaron mi cara mientras dormía.

Yo, el pobre, el oscuro, el desterrado,
yo, el que sobró en la mesa,
yo soy el Perú, tenéis que oírme,
oídme
hablar desde la profundidad,
bajad a ver que larga herida:
yo soy la voz de los que nunca se quejaron,
el toro soy que hace siglos
embiste desde el fondo de vuestra sangre.
Yo vengo a conmover las piedras más roncas,
y las prostitutas tienen que emocionarse con mi voz,
los santos, los traidores,
mis propios asesinos han de llorar sobre mi hombro.
¡Todos caben en mi canto!



Y yo os digo:
ella no volverá a esta casa,
jamás comerá vuestro pan malvado.
llorad para que vuelva,
degollad las columnas,
vomitad el mar, subid las lluvias, llamadme,
volveré.

CANTANDO ESPERO LA MAÑANA

ANTES DEL CANTO

Antes de la primera letra,
antes aún de la primera página,
yo escribí este libro.
Cuando era tan pequeño
que todo el dolor cabía en un verso;
después, temblando entre los años,
cuando ya no bastaban
todas las tardes de muchas vidas.

Tal vez cuando comprendí
que la dicha era un remoto recuerdo de familia,
o cuando lavando el rostro padre
se me empapó la mano de tiniebla,
cuando la patria empezó a salírseme a borbotones,
ardió en mí la primera cólera.

Lentamente,
ruina a ruina,
muerto a muerto,
mi corazón cubrió la herrumbre,
mas cuando llegó el día,
me bastó abrir el pecho
para que salieran mis muertos queridos:
Alejo, interminable amigo,
Adela, tan dulce
que al sonreír la calles eran fluviales,
Pedro Marca, hoy sin boca,
Mariano, creciendo solo en su celda,
Ramiro y su corazón azul de tanto golpe;
gentes que amé desde la infancia,
¿dónde estaban? Rotos,
llovidos, gastados hasta la última hilacha.
Ay, todos navegaban por la muerte,
yo estaba encallado entre los vivos.
Entonces comprendí
que yo también moriría
si no alzaba en mis versos la vida que demolió el incendio,
y escribí estas canciones
para que en otras vidas ellos fueran inmortales,
y en alguna parte
volviera a crecer el tallo de sus risas rotas.

UNA CANCIÓN PARA MI ABUELO

Abuelo,
tú nunca fuiste feliz.
Temías que el viento
desbaratase tu corazón de ceniza.

Recuerdo una tarde negra
tu voz blanca:
"ojalá no seas, como yo,
un hombre triste".
Abuelo,
la vida te parecía
un pozo de malos sueños.
Cuando pensabas en la abuela
te quemaba una hoguera sin luz.
Y Juan, el herrero,
y Pedro, el labrador,
(pájaros huesos
con quien conversa tu lengua de hierba),
también creían
que la vida era un sueño confuso.
¡Qué lástima
que no supieras que la vida tiene otro color!

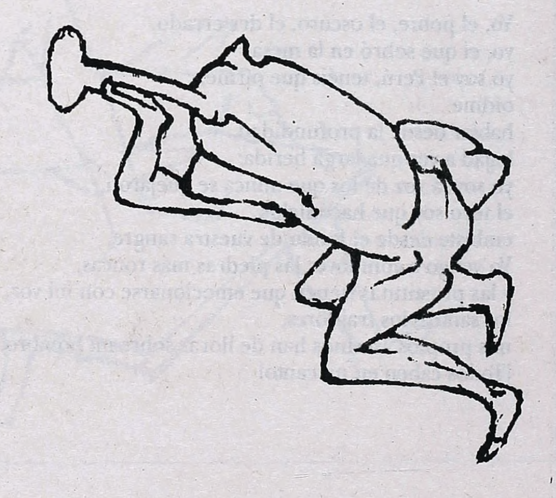
¿Me oyes, me escuchas?
La tristeza va a morir.
Ahora, cuando la alondra
surca espejos en junio,
algo muy tierno empapa el alma,
porque el ave
viene del color que tendrá la vida,
cuando los humillados alcen la cabeza,
y partan la dicha
en pedacitos que alcancen para todos;
¿me oyes, me escuchas?
Ardiendo
está el mundo que te ahogó.

Perdona, pues, si te dejo,
pero me llaman, necesitan
mi mano para formar una ronda alrededor del mundo.
Mas luego volveré.
Cuando la libertad abra sus alas
sobre mi país desesperado,
volveré.

Volveré con todos los nietos del mundo
en primavera, y abuela,
y maría y paloma, cada día vendremos
a regar la parcela de alba que nos toque.

CANCIÓN PARA OTROS ABUELOS

Y vosotros,
abuelos que no fuisteis mis abuelos,
¿de dónde sacabais fuerza para seguir viviendo?





Ay, cuando bajo a los pozos
adonde goteaba vuestra vida,
y toco, oh amados,
el dolor,
el cuchillo,
las arrugas
(esas señas que el sufrimiento
iba dejando en vuestros rostros
para que no errara la muerte
en el tiempo del buen corte),
ay, cuando pienso en esas cosas,
la blancura
se me vuelve un bulto negro en la garganta.

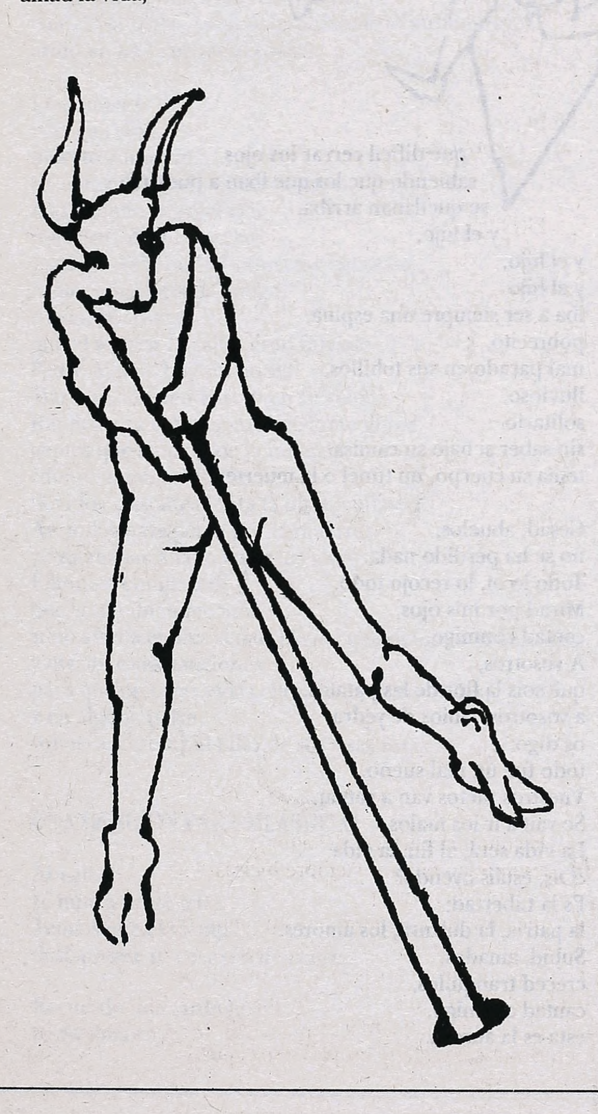
Oh, abuelos,
qué ceniza la vida,
qué difícil cerrar los ojos
sabiendo que los que iban a pudrirse
se quedaban arriba,
y el hijo,
y el hijo,
y el hijo
iba a ser siempre una espina,
pobrecito,
mal parado en sus tobillos,
lluvioso,
solitario,
sin saber si bajo su camisa
tenía su cuerpo, un túnel o la muerte.

Cesad, abuelos,
no se ha perdido nada.
Todo lo oí, lo recojo todo.
Mirad por mis ojos,
cantad conmigo.
A vosotros,
que sois la flor de las patatas,
a vosotros, labios de yedra,
os digo:
todo fue un mal sueño.
Vuestros nietos van a cantar.
Se van a ir los malos.
La vida será, al fin, la vida.
¿Oís, estáis oyendo?
Es la Libertad;
la patria, la dulzura, los amores.
Subid, amados,
creced tranquilos,
cantad conmigo,
esta es la aurora.

CANTANDO ESPERO LA MAÑANA

América,
aquí te dejo,
me voy a las batallas,
luchar es más hermoso que cantar.
Yo te digo,
a pesar de estos dolores,
a pesar de estas patrias derrumbadas,
ama a los gorriones.
Yo sé que es difícil
hallar entre las tumbas un lugar para la risa;
yo mismo, a veces, caigo más abajo de los pies,
y el viento
levanta mi cara como una rota alfombra,
pero aun en las celdas,
bajo la lluvia,
cuando a mitad de mi nombre rodaban las sílabas humilladas,
yo no perdí la fe.

Amigos,
aunque os supliquen,
jamás perdáis la fe;
aunque vengan días más sucios,
jamás perdáis la fe;
aunque mañana yo mismo os lo pida de rodillas,
no me creáis,
amad la vida,



guardad rocío
para que las flores
no padezcan las noches canallas que vendrán.
Sed felices, os ruego,
salid de los cuartos sombríos,
sed felices para que yo no muera.

Yo no escribí estos cantos
para dar espuma a las muchachas,
yo canté porque los dolores
ya no cabían en mi boca:
yo siempre estuve aquí
peleando con mastines de pavorosa nieve,
he visto a los deudores
tratando de meterse en sus zapatos cada amanecer.
¿Dónde no estuve?
¿qué pantano no bebí?
¿a qué pozo malo no rodé?
Ay, a mi alma caían las cáscaras
que amargas cocineras pelaban.

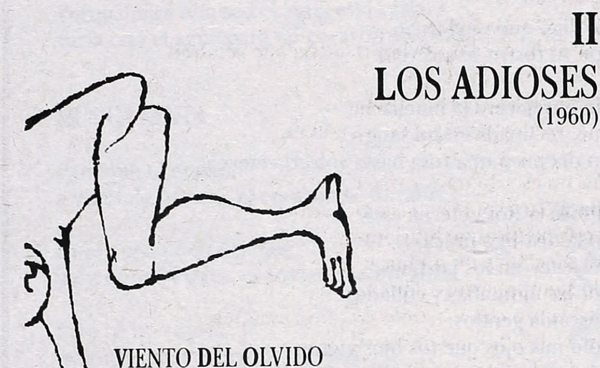
En mis habitaciones nunca hubo silencio:
yo oí todas las voces,
escuché a las sábanas quejarse,
supe cuando las criadas escribían cartas de tristeza,
y cuándo no llegó a tiempo el único pie del cojo,
y canté, América, tus dolores,
y reclinaste en mí tu triste cabeza.

Mas ahora digo:
leed mis canciones frente al mar.
Dadme mano, compañeros.
Amo la tierra flaca
que me siguió cojeando a los destierros.
Nunca quise confesarlo antes,
era difícil,
me ahogaba el esqueleto,
el aire me dolía, la voz
me llagaba, pero ahora te amo.
Yo no soy nada,
no soy herrero,
ni jinete,
ni sembrador,
yo sólo sé cantar, pero también la aurora
se construye con canciones.

Amigos,
os encargo reír,
amad a las muchachas,
hablad con los manzanos
(me conocen),
llamad al ruiseñor
(me quería).
No me busquen en la noche donde lloro,
yo estoy lejos,
cantando espero la mañana.

América,
Aquí te dejo mi poesía
para que te laves la cara.
Búscame cuando te apenes,
llámame cuando te entristes.
Entre la hierba
estoy cantando...

II
LOS ADIOSES
(1960)



VIENTO DEL OLVIDO

Como a todas las muchachas del mundo,
también a Ella,
inventáronla
con sus sueños,
los hombres que la amaban.

Y yo la amaba.

Pudo ser para otros un rostro
que el Viento del Olvido
borra a cada instante.
Pudo ser,
pero yo la amaba.

Yo veía las cosas más sencillas
volverse misteriosas
cuando Ella las tocaba.
Las estrellas de la noche
¿quién sino Ella las sembraba?

Los días de esmeralda,
los pájaros tranquilos,
los rocíos azules,
¡Ella los creaba!

Yo me emocionaba
con sólo verla pisar la hierba.

¡Ah si tus ojos me miraran todavía!

Esta noche no tendría tanta noche.
Esta noche la lluvia caería sin mojarme.

Porque la lluvia no empapa
a los que se pierden
en el bosque de sus sueños relucientes,
y sus días no terminan
y son sus noches transparentes.

¿Dónde estás ahora?
¿En qué ciudad,
en qué penumbra,
en cuál bosque
no te desconocen las luciérnagas?

Tal vez mientras escribo,
estás en un suburbio,
sola, inerme, abandonada...

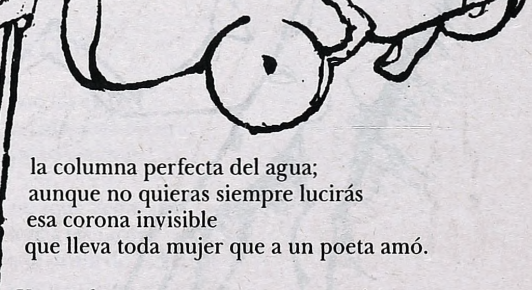
¡Abandonada, no!

En tu ausencia
mi corazón todas las tardes muere.

LA PRISIÓN

¡No puedes salir del jardín
donde mi amor te aprisiona!

Presa estás en mí.
Aunque rompas el vaso,
seguirá inmóvil



la columna perfecta del agua;
aunque no quieras siempre lucirás
esa corona invisible
que lleva toda mujer que a un poeta amó.

Y cuando ya no creas en estas mentiras,
cuando borrado el rostro de nuestra pena,
ni tú misma encuentres tus ojos bellísimos
en la máscara que te preparan los años,

a la hora en que regatees en los mercados,
los jóvenes venados vendrán a tu Recuerdo
a beber agua.

Porque puede una mujer
rehusar el rocío encendido del más grande amor,
pero no puede salir del jardín
donde el amor la encierra.

¿Me oyes?
No puedes huir.
Aunque cruces volando los años,
no puedes huir:
yo soy las alas con que huyes de mí.

ROSA ÚNICA

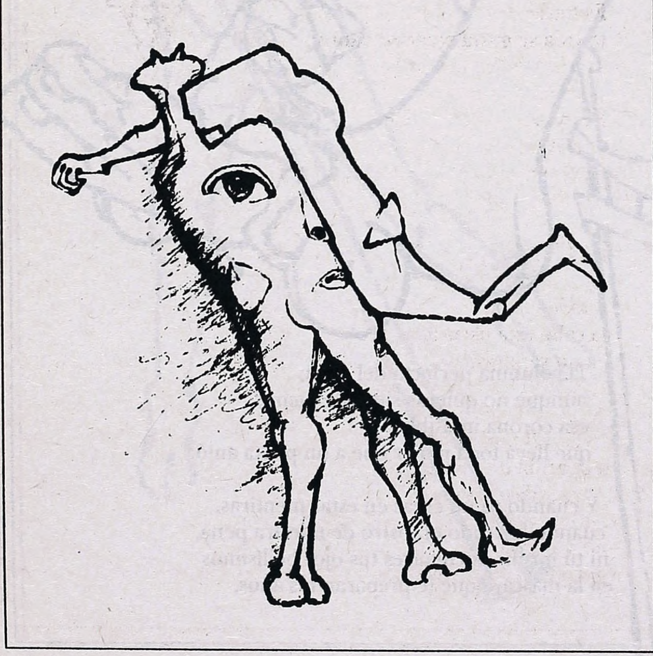
La hierba crece ahora
en todos los crepúsculos donde antes sonreías.

La hierba o el olvido. Es igual.
Entre mi dolor y tu silencio,
hay una calle por donde te alejas lentamente.

Hay cosas que no digo porque ciertas palabras
son como embarcarse en interminables viajes.
Para mi amor siempre tendrás veinte años.
Mientras yo cante en tus ojos habrá agua limpia,
porque ya para siempre
mi amor te rodea de cristal.

Puedes morir mil veces.
Inmutable en el canto estás.
Puedo olvidarte.
Mas olvidada, resplandecerás.

¿Qué son las luciérnagas
sino remotas luces
que extintos amadores antaño encendieron?
¿Qué son sino carbones
de hogueras que perduran,
tras que sus caras y sus bocas se rompieron?



Te digo que ni el rocío
con tu rostro se atreverá.

No envejecerá la muchacha
que, reclinada en mi sangre,
un día miró una rosa hasta volverla eterna.

Ahora la Rosa eterna está.
Yo la distingo única,
perfecta, en los jardines.
Por las montañas y collados
búscanla gentíos.
Sólo mis ojos que tus ojos vieron,
la pueden mirar.

LA CASA VACÍA

Voy a la casa donde no viviremos
a mirar los muros que no se levantarán.

Paseo las estancias
y abro las ventanas
para que entre el Tiempo de Ayer envejecido.

¡Si vieras!
Entre las buganvillas
cansadamente juegan
los hijos que jamás tendremos.

Yo los miro. Ellos me miran.
Mi corazón humea.
Este es el sitio
donde mi corazón humea.

Y a esta hora,
en el balcón, callada,
yo sé que tú también te mueres
y piensas en mí hasta ensangrentarte.
Yo también pienso en ti.

Óyeme donde estés:
por esta herida no sale sólo sangre:
me salgo yo.

ELEGÍA DE LOS DESCONOCIDOS

Ya no nos conocemos, ya no nos entendemos
¿qué pasa?

¡Oh, Desconocida!
Nuestro amor como los árboles daba pájaros.
¿Qué está pasando?

Azules éramos, ¿que ha pasado?
El viento del mar desesperado
agita pañuelos de musgo en las esquinas.

Me voy.
Pañuelo de llorar: mejor me voy.

Al atardecer los pájaros también se van,
viajan a las torres buscando picos tiernos.

A los reptiles, yo.
Al fondo del agua a vivir ardiendo.

Porque para esta sed el agua está vacía,
vacía está el agua para mi corazón sediento.

MÚSICA LENTA

Para que tú entres,
a veces de tristeza, el corazón se me abre.

Como una puerta tímida,
para que tú entres, el corazón se me abre.

Pero tú no vienes,
no vuelas más sobre los campos.

En vano mi corazón se asoma.
Pasas de largo,
como si el viento
soplase sólo para allá.

Pasa la mañana y no viene la tarde.
Y el corazón se me cierra,
como una mano sin nadie, el corazón se me cierra.

SERENATA

Íbamos a vivir toda la vida juntos.
Íbamos a morir toda la muerte juntos.
Adiós.

No sé si sabes lo que quiere decir adiós.
Adiós quiere decir ya no mirarse nunca,
vivir entre otras gentes,
reírse de otras cosas,
morirse de otras penas.
Adiós es separarse, ¿entiendes?, separarse,
olvidando, como traje inútil, la juventud.

¡Íbamos a hacer tantas cosas juntos!
Ahora tenemos otras citas.
Estrellas diferentes nos alumbran en noches diferentes.
La lluvia que te moja me deja seco a mí.
Está bien: adiós.
Contra el viento el poeta nada puede.

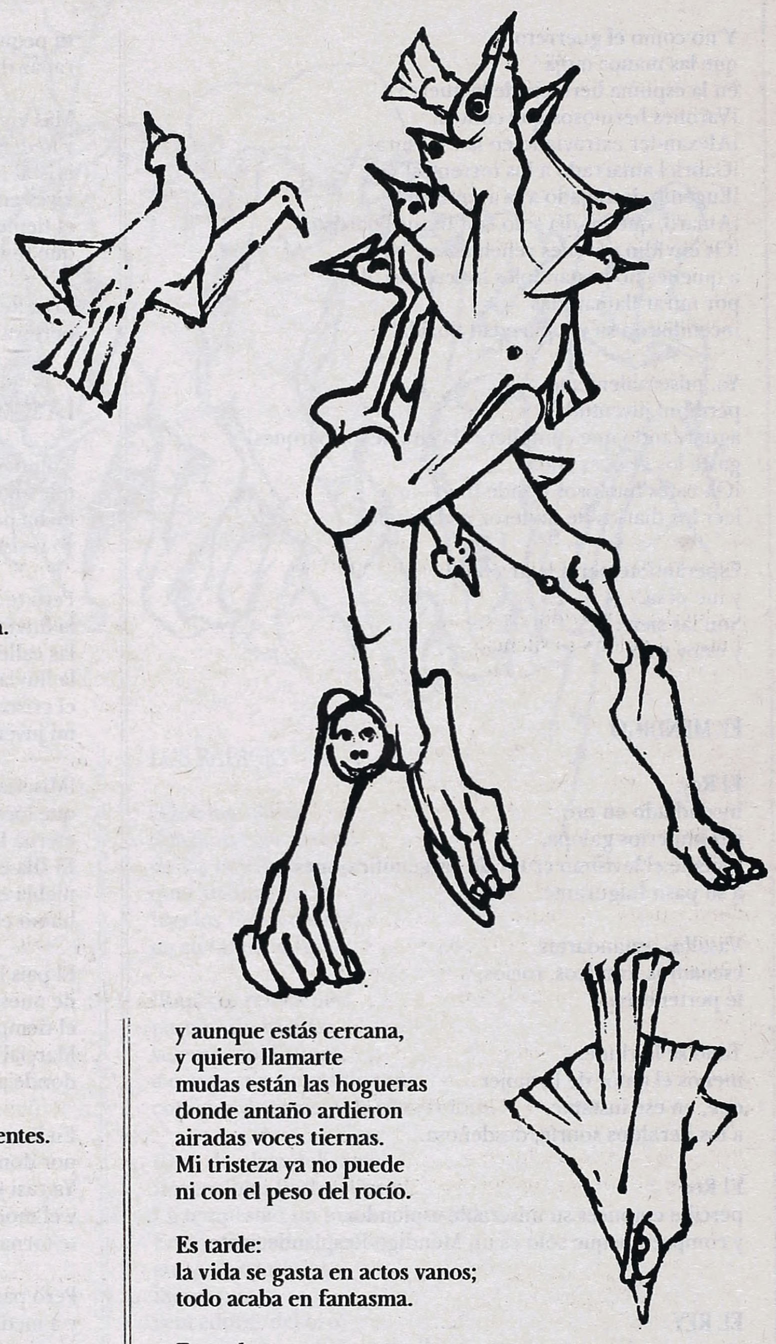
A la hora en que parten los adioses,
el poeta sólo puede pedirle a las golondrinas
que vuelen sin cesar sobre tu sueño.

LA LÁMPARA

Como la lámpara olvidada
arde invisible en el día,
así mi corazón se ha consumido
sin que tú lo vieras.

Mas ya pasaron para ti las mieses,
y tardos los años,
yo sé que ahora
tus ojos buscan
las huellas bermejas de mi pasión.

Es tarde:
mi corazón calcinado
apenas soporta sus cenizas,



y aunque estás cercana,
y quiero llamarte
mudas están las hogueras
donde antaño ardieron
airadas voces tiernas.
Mi tristeza ya no puede
ni con el peso del rocío.

Es tarde:
la vida se gasta en actos vanos;
todo acaba en fantasma.

Es tarde:
detrás de mis ojos
ya no hay nadie.

LA CITA

Son las siete;
la calle está oscura;
ya no vendrás.

Aunque llegaras
todas las tardes
a la orilla de esta cita,
y aguardases, inmóvil,
las largas horas que en el mundo faltan,
no me hallarás,
porque esperándote perdí mi juventud.

Y no como el guerrero
que las manos moja
en la espuma bermeja de la guerra.
¡Varones hermosos que conocí!
¡Alexander extraviado en la espesura!
¡Gabriel amarrado a los torrentes!
¡Eugenio deshojado a la aventura!
¡Amaro, que un día solo con tu fusil partiste!
¡Os envidio, jóvenes vehementes,
a quienes no bastándoles los crepúsculos,
por mirar llamaradas
incendiaron su propia edad florida!

Yo, miserablemente
perdí mi juventud;
aguardando que cumplieras la cita de los parques,
gasté los veloces años.
¡Oh cafés humosos donde fingí
leer los diarios de mi feroz melancolía!

Esperándote perdí la juventud,
y me pesa.
Son las siete:
y estoy solo.

EL MENDIGO

El Rey,
incendiado en oro,
sus imperios galopa,
y siente el levísimo crujir de las genuflexiones
a su paso fulgurante.

Vasallos, estandartes,
escuadras, cánticos, rocíos,
le pertenecen.

Todo se le rinde,
menos el amor de la mujer
que, en ese instante,
a los heraldos sonríe, desdeñosa.

El Rey
percibe entonces su miserable esplendor,
y comprende que sólo es un Mendigo Resplandeciente.

EL REY

No eres nada,
vives oscuro,
en una ciudad perdida.
Pero, de pronto, un día,
al despertar, eres Rey.

Arden musicales
remotos países
avasallados por tu valentía.
Poderoso monarca:
todo lo que tocas es resplandor,
y en tu honor cambian los arco iris de plumaje.

Y cuando ella sonríe,
brota agua
en la remota infancia
adonde se asoma,
tu pequeña vida ansiosa,
rapaz distante de todo.

Mas viene el Viento
y lo derriba todo:
cristal roto es tu monarquía;
vives en una ciudad malvada;
el tiempo sólo significa
que tus zapatos ya no resisten otro invierno.

Eras Rey
pero ya no te sonríe Esa Mujer.

LA SOMBRA

Como el centinela
que en la agreste torre
lucha por no rendir los ojos al invencible sueño,
yo resisto al olvido.

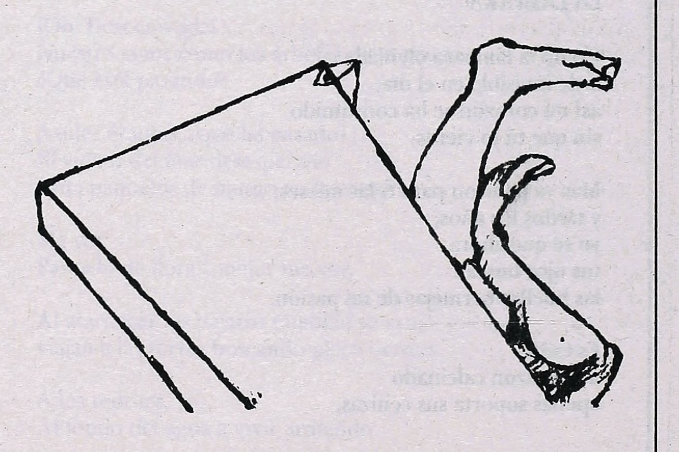
Pero te me vuelves pequeña;
la lluvia moja
las calles de 1943;
la lluvia rompe
el cristal en que te guarda
mi juventud.

¡Miseria de los amantes
que locamente sueñan
eterna la eternidad!
El Día es de espuma,
niebla es la carne,
humo el ayer.

El país luciente
de nuestra juventud hermosa,
el tiempo asoló con sus ejércitos potentes.
Marcial acampó la herrumbre
donde ardió la rosa.

En la memoria sólo una calle queda
por donde caminas lentamente.
Ya casi no te miro,
y el moribundo sol, atardeciendo,
te torna cada día más pequeña.

Pero pasan los años,
y a medida que te vuelves más pequeña,
arrojas una sombra más larga.





NOCTURNO EN SAN SALVADOR

La noche era bellísima.
Yo te quería.
San Salvador brillaba entre las flores.
Yo te quería.
La Felicidad nunca tendrá tus ojos azules.
Yo te quería.
Dueña de los Crepúsculos.
Yo te quería.
Pastora de la Brisa.
Yo te quería.
Ruiseñor Malvado.
Yo te quería.
Espuma del Silencio.
Yo te quería.
Agua bajo los Puentes.
Yo te quería.
Olvida los cantos que te escribí.
Yo te quería.
Aún ahora, aunque sea tarde,
y una paloma ciega
vuele para siempre entre nosotros.

Adiós a las bandadas,
adiós al tesoro enterrado en tu infancia,
adiós a las Hadas porque las Hadas no existen.

Ya dije las cosas que dije.
Por las que callo ha de crecerme musgo en la voz.

Cuando termine de contar esta agonía,
otro hombre se levantará de esta mesa.

Tal vez él no recuerde.
¡Pero yo me acuerdo tanto!
¡Si supieras cuánto te recuerdo!

LOS RAPACES

¿Qué hay ahora
debajo de las camisas
de los muchachos
que, antaño,
tras los tigres corrían
en su infancia veloz?

¡Rapaces relucientes,
partían sin vacilar,
veleros rapidísimos,
a conquistar países de seda,
confines de esmeralda abrasadora!

¡Días de plata delirante!
¡Invencibles flechas libres!
La tempestad no pudo con vosotros.
Envejecieron los vientos
antes de cansarlos.
¡Seres puros,
vencedores del oso,
íntimos amigos de las estrellas de mar!

¿Qué son,
qué somos hoy?
Con rencorosa mano escribo tu elegía:
vi al alba tu hermosura,
bebí tu ardiente mediodía,
y cerca ya a la noche,
los años se fatigan
y no vuelves a mí los ojos.
Mi amor anciano se reclina
en el hombro poderoso de la muerte.

CREPÚSCULO PARA ANA

Sólo para alcanzarte escribí este libro.
Noche a noche,

en la helada madriguera
cavé mi pozo más profundo,
para que surgiera, más alta,
el agua enamorada de este canto.

Yo sé que un día las gentes
querrán saber por qué hay tanto rocío en las praderas,
yo sé que un día
irán ansiosas a los campos,
seguirán los hilos de los prados,
y a través de las florestas
llegarán hasta mi pecho,
y comprenderán,
—lo siento, estoy sintiéndolo—,
que es mi amor quien platea por ti el mundo en las mañanas,
y verás esta hoguera.

Desde ciudades enterradas,
desde salones sumergidos,
desde balcones lejanísimos,
verás este amor,
y escucharás mi voz
ardiendo de hermosura,
y comprenderás que sólo por ti he cantado.

Porque sólo por ti estoy cantando.
¡Sólo por ti resplandece
mi corazón extraviado!
¡Sólo para que me veas,
ilumino mi rostro oscurecido!
¡Sólo para que en algún lugar me mires
enciendo, con mis sueños, esta hoguera!

¡El Mudo,
El Amargo,
El Que Se Quedaba Silencioso,
te habla ahora a borbotones,
te grita cataratas, inmensidades!
No quiero luz del día,
ni diamante encendido,
no quiero no morir:
escucha mi agonía.

Alguna vez amarás,
alguna vez
en las lianas de la ternura enredada
comprenderás que cuando el dolor nos llega,
es imposible hablar;
cuando la vida pesa, las manos pesan:
es imposible escribir.

Mas con los años las escamas se nos caen.
Y un día, al volver el rostro,
vemos a lo lejos,
como remotos barcos encallados,
cosas que creíamos llevar dentro,
y miramos que son musgo los amores más ardientes.

¡El hombre enceguecido
no escucha las campanadas silenciosas de la hierba,
hasta que encuentra en los caminos,
como culebra, su antigua piel,
y reconoce entre las ruinas
su vieja máscara oxidada,
y se detiene a recordar lo que amó,
y descubre agujeros rotos
do eran ojos fulgurantes,

porque el tiempo crudelísimo
injurió el Rostro Puro,
y los años nos pusieron
anteojos de melancolía,
con los que se mira la ruina,
el otoño,
la grosura de las mujeres!

¡Oh cruel máscara salobre
que aguarda agazapada
debajo del rostro del ángel,
la tristeza esperando no más
para volcar las aguas del naufragio!

Surge entonces
el Canto inextinguible,
cual surge ahora esta voz
que llora por los días hermosos,
cuando el agua era azul,
y no sabíamos que todo lo nacido morirá.

Todo lo que nace ha de morir.
¡No digo más porque me entiendes!
Tú sabes que sólo quiero
que, en algún lugar, leas esta carta,
antes que envejezcan los carteros
que te buscan
a la salida de las iglesias,
entre las recién casadas,
a la hora del jazmín rendido.

¡Quiero que el rayo de mi ternura
traspase con lanza a los que no conozco,
y salte noche hirviendo
a los ojos de los que abran este libro,
y en algún lugar,
un día de este mundo,
me oigas
y te vuelvas,
como quien se vuelve extrañado
al sentir detrás el resplandor de un incendio,
y comprendas que estoy ardiendo por ti,
quemándome
sólo para que veas,
desde tan nunca, esta luz!





III
DESENGAÑOS DEL MAGO
(1961)

VALSES

A Rubén Bonifaz Nuño,
en memoria de los días que galopamos
por los desiertos, allá lejos.

VALS VERDE

a Rodolfo Gómez Silva

No viajaremos a extrañas islas,
a países de cabellera incandescente.

No partiremos,
no saldremos de la ciudad ululante.

Bajo los árboles vertiginosos del crepúsculo,
vestidos de viudos, hemos de vernos.

En las estepas de los gentíos
me verás, te veré, nos veremos.

Y me dirás: "hace frío" –en invierno,
Y te diré: "hace calor" –en verano.

Y alrededor de nosotros
los recuerdos de pico ensangrentado.

Las hélices amarillas del otoño
degollando pájaros inocentes.

Cierta tarde –cualquier tarde–
en una esquina nos desconoceremos.

Y por calles diferentes
a la vejez nos iremos.

VALS GRIS

a Ricardo Tello

Las torres más valientes
agachan la cabeza
cuando el otoño llega
con el plumaje acribillado.

En toño los árboles
encienden sus ojos más tristes.

Otoño sin embargo era
cuando miré en tus ojos
comarcas donde ardía otro sol.

Agosto, el cojo malvado,
escupía las ventanas;
la niebla graznaba en los tejados.

Pero nosotros caminábamos
–oh praderas, oh puentes–
por países de diamante.

Tus veinte años saltaban como peces
y el corazón merlín se me saltaba.

En el palacio de las luciérnagas
bailamos danzas desgarradoras.

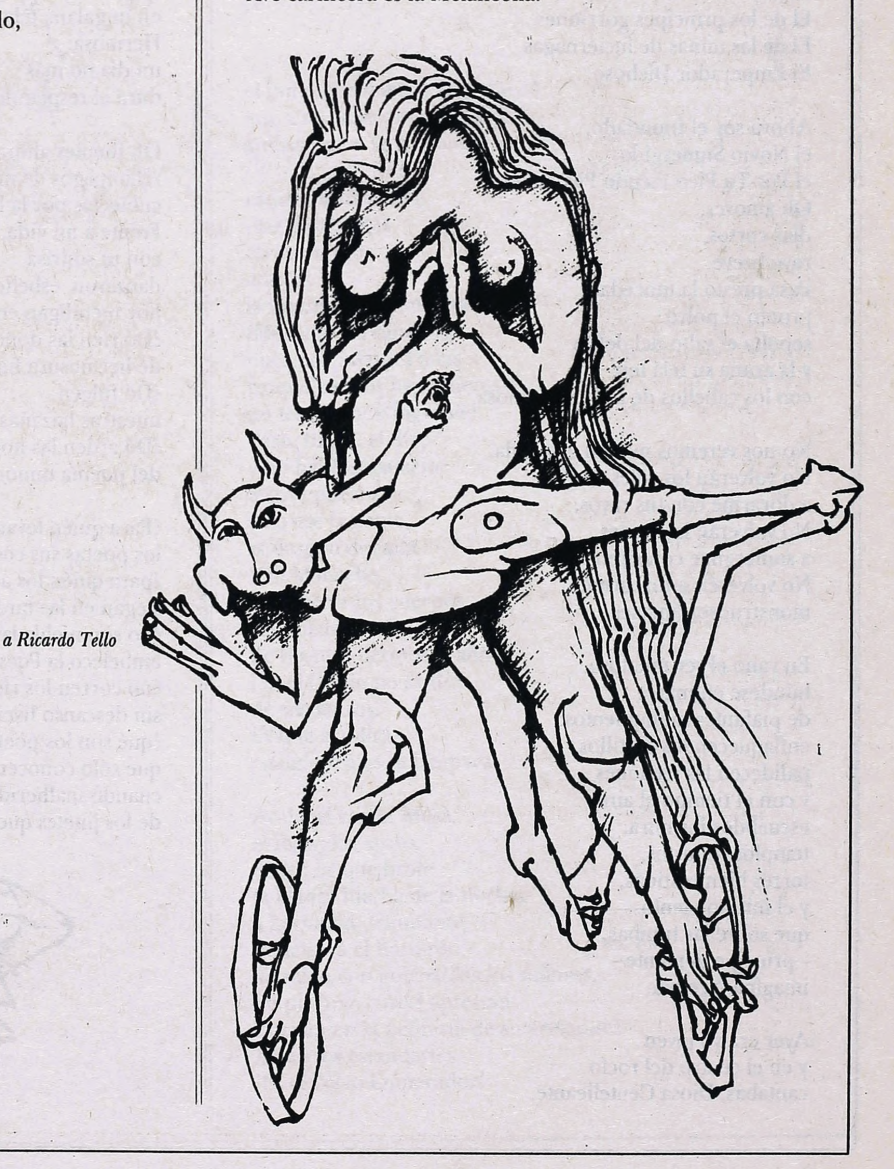
Hoy llega sin ti el otoño
y sin ti los crepúsculos desalentados
sólo saben ponerse sus viejos trajes.

Los pájaros idiotas
repiten verdosos
las canciones de ayer.

Lentas cruzan el cielo
las tardes astrosas.

Pobre es el mundo:
soló tú autorizaste lo maravilloso.

Vivir es largo.
Ave carnicera es la Melancolía.



FUNERAL DE LA PRIMAVERA

Como el Viajero
que desde gibosa cumbre
postreramente mira
la ciudad donde fue dichoso,
así contempla, oh Joven,
los áureos, inmortales campos
do la lujuria galopó radiante,
la verde crin al viento
de nuestros amores extendida,
pues cuando el nocturno día acabe,
cuando en el olvido hunda la tarde
su cola de diamante,
ya no seremos jóvenes,
será ceniza la alegría,
humo, la dicha.

En palacios destellantes,
en jardines ahora calvos,
canté a la Felicidad, oh Musas,
¡oh hierba de las ruinas!
Yo soy el que a la aurora
condujo altivo
el rebaño azul de las sirenas.
El Rey.
El de los príncipes gorriones.
El de las minas de luciérnagas.
El Emperador Dichoso.

Ahora soy el Inundado,
el Novio Sumergido,
el Por Tu Pico Picudo Picoteado.
Oh amores,
días cortos,
rayo breve.
Pasa presto la mocedad:
pronto el polvo
sepulta el salto del delfín
y la araña su tela teje
con los cabellos de la más hermosa.

No nos veremos más en esta vida.
No volverán los soles
a dorarme con tus rayos.
No volverán las tardes
a sumergirse con sirenas.
No volveréis a turbarme,
monstruosos ángeles.

En vano el ser miedoso
húndese en mares
de piafantes monumentos:
enflaquecen los castillos,
palidecen las naciones
y con el tiempo el aire
escuálidos los mira:
templos robustos,
torres bien vestidas,
y el mismo viento
que sobre las tumbas,
—príncipe demente—
imagínase reinar.

Ayer era yo joven
y en el centro del rocío
cantabas, Diosa Centelleante.
¡Ay, un momento dormí sobre las flores:
al despertar hallé tu rostro odioso,
serpientes tus cabellos,
chamuscados tus senos inmortales!
¡Ay, Loco:
lo que ansioso bebiste en tu vaso
fue el agua hinchada de la muerte!

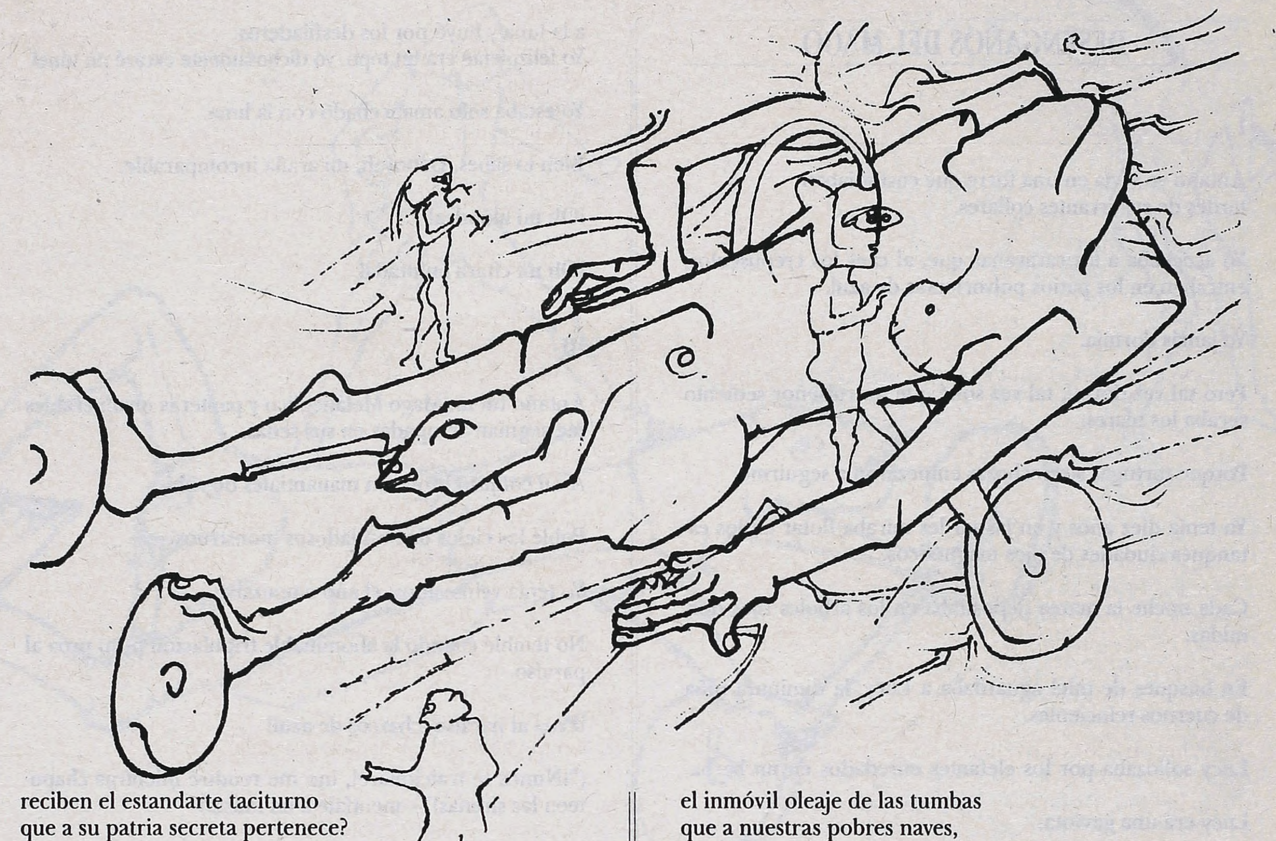
Inútilmente el doncel
en las praderas danza;
inútilmente adórnase
con plumas de arco iris:
el oído traidor escucha
el zumbido de las abejas
que la muerte sorda
enfurece en su panal.
¡Acostumbraos a los modales
descorteses de la nada!

No duerme la Polvorienta Esposa:
aguarda lasciva
el retorno del viajero
desengañado de políticas terrestres.
No hay tela, ni aguja, ni artesano
capaz de zurcir las brocaduras
que da el tiempo rabioso
en tu galana tela, juventud preciada.
Hermosa:
un día no más
dura el resplandor del mundo.

Oh fuentes ahora mudas,
relámpagos de mi amor
cubiertos por la hierba.
Frente a mi vida,
con tu sonrisa
danzaron, esbeltos, los años:
hoy mendigan en la nieve.
¿Dó ríen las doncellas
de hermosura fiel?
¿Dó fulgen
nuestras hazañas?
¿Dó arden las hogueras
del poema inmortal?

¿Para quién levantan
los poetas sus cosechas?,
¿para quién los adolescentes lastimados
siegan en las tardes sus tristezas?,
¿no son niebla las palabras,
embeleco la Poesía?,
¿no corren los ríos
sin descanso hacia la noche?,
¿qué son los poetas sino guerreros
que sólo conocen el bando feroz en que combaten,
cuando malheridos ya de sombra,
de los jinetes que se alejan,





reciben el estandarte taciturno
que a su patria secreta pertenece?

¡En vano soñé islas
de ojos relucientes,
días de fascinantes plumas!
¡Oh sol, oh joven sol,
pastor de malvadas flechas,
sólo porque sabíalas mortales
nos dejaste beber
las aguas del arco iris!

¡Fracaso de los años!
Imagina el humano
caminar a su ilusión derecho.
No camina: cae,
despéñase desde la cuna,
rueda mientras crece,
mientras duerme cae.

Arden hermosos,
bajo la luna,
los atletas,
y a la señal
parten veloces
sin saber que la hierba
es más veloz que los venados.
¡Oh musgosos locos
que imagínanse correr,
cuando ya en la meta,
aguárdanlos mudos
gentíos de ceniza!

¡Ay, en la fementida mocedad soñamos
que empapan nuestros trajes
los flecos tiernos de la espuma
cuando, en verdad,
es la baba blanca de las losas,
el inmóvil oleaje de las tumbas
que a nuestras pobres naves,
audazmente, se adelanta!

¡Adiós, azules días,
días llameantes
en cuyos ojos
entreví
la invisible isla inmortal!
¡Mésome los cabellos,
pues por infames telas
troqué con los mercaderes
mi tesoro inextinguible!
Pasó, fugaz, el día,
y no hallé el palacio
a cuya puerta,
sólo ese instante,
el dragón dormía.
¡Oh Mancebo,
llora entre los cuerpos
asesinados
de tus más hermosos años!
¡Ya el Genio no saldrá
de sus antros!
¡Nadie acudirá
cuando frotes tu lámpara!

Acaba el canto, Musa:
el día veloz acaba.
Antes de que brote
la blanca hierba de la noche,
a la ciudad, triunfante,
penetrará el Bastardo.
Ya salen con guirnaldas los señores.
Su piafante corcel aprestan.
Encienden la pedrería de su armadura.
Alzad los estandartes.
¡Es el Polvo Emperador!

DESENGAÑOS DEL MAGO

I

Antaño yo vivía en una torre que custodiaban
tardes de susurrantes collares.

Yo acechaba a las caravanas que, al caer los crepúsculos, entraban en los patios polvorientas de azul.

Yo jamás dormía.

Pero tal vez dormí, tal vez soñé que un ruiseñor sediento secaba los mares.

Porque tortugas sospechosas empezaron a seguirme.

Yo tenía diez años y en las tardes miraba flotar en los estanques ciudades de ojos magnéticos.

Cada noche la marea depositaba en los árboles islas dormidas.

En bosques de miel aguardaba a Lucy, la diminuta niña de cuernos relucientes.

Lucy sollozaba por los elefantes enredados en mi barba.

Lucy era una gaviota.

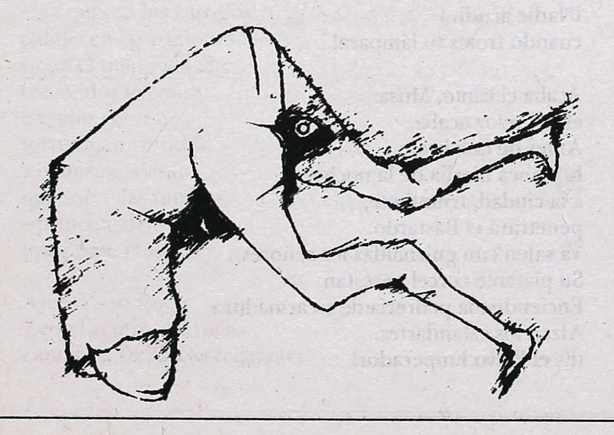
Yo era un cangrejo, un lirio, un árbol relampagueante.

II

Déborah: si alguna vez desciendes de los tejados, si alguna vez emerges de los cementerios donde vives, y cruzas (ave o demonio) por la Plaza del Oso, me verás bajo la lluvia esperándote. Porque amé tu calavera de conejo, amé hasta enloquecer tu rostro dañino.

Déborah y yo cabalgamos sobre un escarabajo de ojos penetrantes y en días de tristeza recorrimos espejos, uniformados de azur.
Déborah se mataba las pulgas mientras yo recitaba mis Grandes Cantos.

Sólo una vez me permitió besarla. Fue en los jardines: la primavera silbaba su tonadilla mientras ella movía la cola, azorada.
Pero tan pronto la besé, sacudió el polen de su falda, aulló a la luna y huyó por los desfiladeros.
Yo felizmente era un topo, yo dichosamente excavé un túnel.



Yo estaba solo amancebado con la luna.

Bien lo sabes, Déborah, mi araña incomparable.

¡Oh mi alondra!

¡Oh mi cítara enlutada!

III

Antaño fui un Mago Melancólico y panteras invulnerables me seguían arropadas en sus sedas.

A mi conjuro brotaron manantiales de rubí.

Poblé los cielos de bondadosos monstruos.

Yo tenía veinte años: el año empezaba.

No temblé cuando la abominable tripulación puso proa al paraíso.

¡Proa al paraíso, charcos de azul!

("¡Nunca te traicionaré!, ¡no me rendiré mientras chapoteen las sirenas!" —mentíale a mi musa.)

Yo era inmortal, era divino.

Remonté ríos de erizados dientes.

Era el tiempo maldito de mi generación.

Todavía escucho gritar a los unicornios pisados por la multitud.

Todavía oigo al gentío himplando para que abdique.

Pero yo no cambio de plumaje: me niego a iluminar con mi canto los fétidos establos de la noche.

No más embustes:

Que el Poeta se quite el antifaz y muestre su pico afilado.

Porque rabiosos ejércitos nos buscan.

Mas yo vuelo hacia el futuro, yo anido entre inmortales.

Os prometo que una brisa de alondras refrescará el infierno.

IV

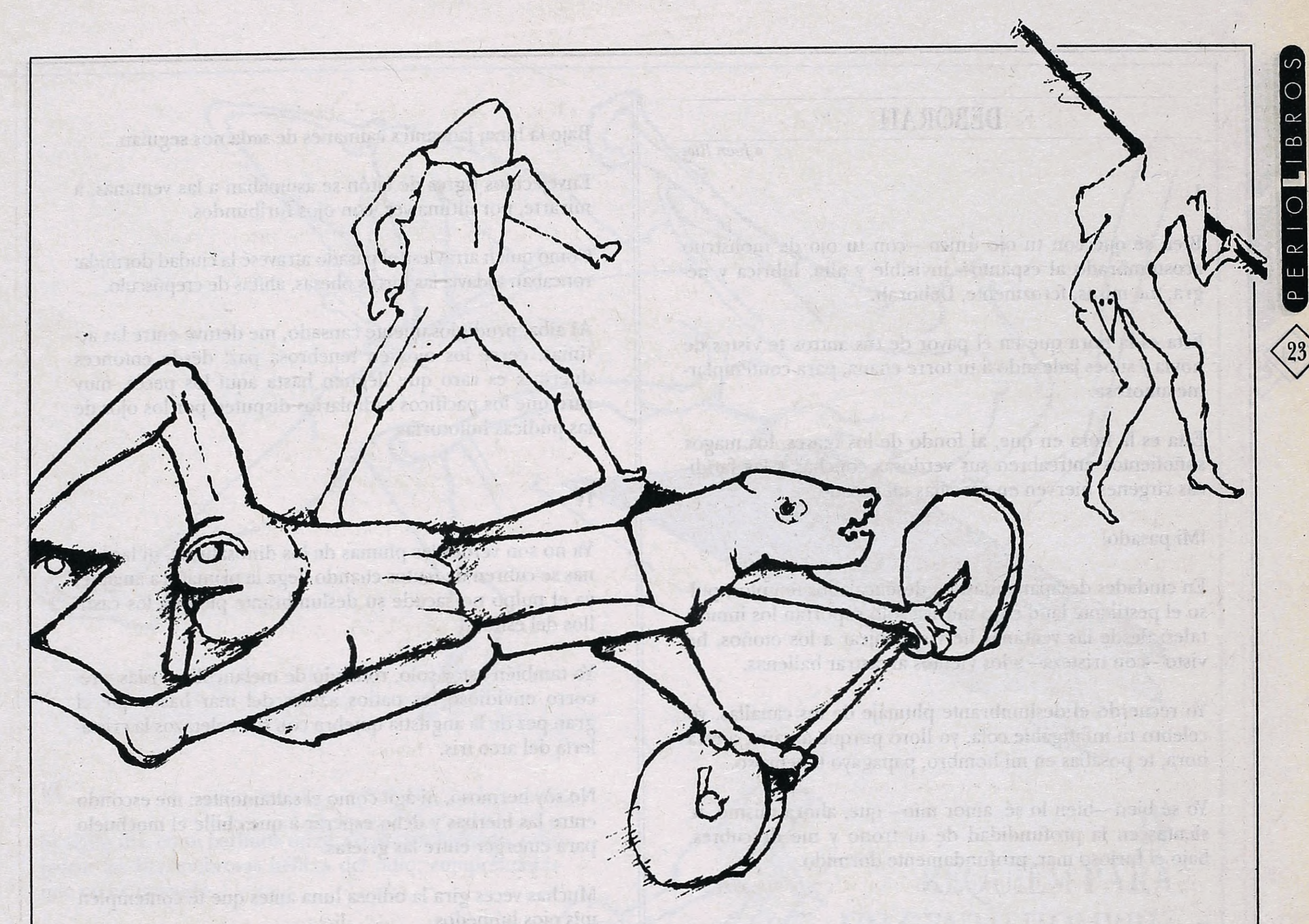
Pero llegó el tiempo del murciélago.

En los caminos colgaron a los elfos.

Pintarrajearon a las hadas antes de forzarlas.

Fracasaron mis magias.

Vagué por las llanuras de trapo.



Me llené de moscas como un verano gordo.

Estuve en Samarkanda, la de cabeza sumergida.

Sólo insectos poblaban tu urbe, Desesperación, ¡oh Desolado, sólo tu pueblo ciego te miró envejecer ante las murallas!

Atravesé salones enjoyados donde el tigre husmeaba: tigres gigantescos entre cuyas zarpas pasan ríos despavoridos.

Hasta que huí de aquellas tribus.

Así llegué a Nínive, la de sangrantes ojos.

La tarde era un pez de tetas fosfóricas: el río arrastraba imperios de oro danzante: yo mismo era una serpiente entre tanta belleza.

Tuve suerte: me amamantó una hembra cuya gordura a los naturales aniquilaba.

Yo saludo a la que me llevó muérdago y ratones frescos a mi cubil, yo celebro a la que lamía mis cabellos dolorosamente.

Oh Nínive vestida con mi dicha.

Nínive de ojos inaccesibles.

Nínive de torres soñolientas.

Nínive donde quedó mi corazón ardiendo.

Así empezaban los años de mis inolvidables desgracias, aquel funesto amor que fue mi ruina, mi tesoro de cabellos azules.

V

Al salir me derribaron los coletazos del viento enloquecido por los piojos.

Para vivir compuse canciones: la turba me arrojaba oro entre los barrotes.

Ya era tarde.

Enfermé.

Agonicé en los bosques. Mi trono era la luna; mi cetro, el aullido de lobo.

Peinábame el sol, adulábanme sus hipócritas vasallos.

Yo recordaba el pasado, cuando sobre los delfines en las bahías del alba, fuimos horriblemente felices.

Recliné la frente en las catedrales.

Caían las torres envenenadas.

Sangraban los obeliscos.

Al amanecer, me sentí mejor: estaba muerto.

Entonces el mar encaneció, las islas huyeron.

DÉBORAH

a Juan Ríos

I

Bien sé que con tu ojo único –con tu ojo de monstruo acostumbrado al espanto– invisible y alta, lúbrica y negra, me miras, ferozmente, Déborah.

Esta es la hora que en el pavor de tus antros te vistes de novia y subes jadeando a tu torre enana, para contemplarme amorosa.

Esta es la hora en que, al fondo de los mares, los magos soñolientos entreabren sus verdosas conchas y las fatídicas vírgenes hierven en sus ollas mi pasado.

¡Mi pasado!

En ciudades desaparecidas, en desencajados templos, pulso el pestilente laúd cuya música sólo soportan los inmortales: desde las ventanas he visto cojear a los otoños, he visto –con tristeza– a los vientos arrastrar ballenas.

Yo recuerdo el deslumbrante plumaje de los canallas, yo celebro tu infatigable cola, yo lloro porque antaño, a esta hora, te posabas en mi hombro, papagayo tenebroso.

Yo sé bien –bien lo sé, amor mío– que, ahora mismo, te sientas en la profundidad de tu trono y me descubres, bajo el furioso mar, profundamente dormido.

II

Cuando paso bajo tus balcones, cuando atravieso los patios, jadeante bajo el peso precioso de mi caparazón, tú miras la nieve de remotos países.

Yo cruzo humildemente el jardín, pero tú no desciendes a mirarme: absorta estás ante el rosal de curvado pico.

Tal vez es el crepúsculo: arde tu rostro extrañamente.

Voy entonces hacia ti: cruzo polvorientos salones, recorro sumergidos palacios, hasta que miro parpadear tus ojos palúdicos.

Entonces chillas, saltas de rama en rama y huyes graznando como si tuvieras la pata quebrada.

III

Todavía era la noche cuando la Melancolía apareció en lo alto de su torre lívida.

Tú bajaste los ojos.

Peces horrendos surcaron el aire perlados de ira.

Comprendí entonces que ya nunca volverían los días dichosos, las inolvidables tardes idiotas, las felices noches tediosas.

Enloquecido, entreabrí las lujosas cortinas del invierno arruinado.

Bajo la luna, jadeantes caimanes de seda nos seguían.

Envejecidos tigres de latón se asomaban a las ventanas, a mirarte, por última vez, con ojos furibundos.

Como quien atraviesa el pasado atravesé la ciudad dormida: roncaban todavía las torres obesas, ahítas de crepúsculo.

Al alba, prodigiosamente cansado, me detuve entre las actinias: cerré los ojos en tenebrosa paz: desde entonces duermo: es raro que lleguen hasta aquí los peces, muy raro que los pacíficos radiolarios disputen por los ojos de las púdicas holoturias.

IV

Ya no son verdes las plumas de los dinosaurios, ni las hienas se cubren de frutos cuando llega la primavera amable; ya el pulpo no sacude su deslumbrante pico en los castillos del estío.

Yo también estoy solo, rodeado de melancólicas islas y recorro envidioso los patios azules del mar hasta que el gran pez de la angustia quiebra con sus coletazos la cristalería del arco iris.

No soy hermoso, ni ágil como el saltamontes: me escondo entre las hierbas y debo esperar a que chille el mochuelo para emerger entre las grietas.

Muchas veces gira la odiosa luna antes que te contemplen mis ojos húmedos.

Pero esta noche has venido envuelta en una belleza que no es de este mundo y me has mirado tristemente.

¡Has acariciado mi lomo tembloroso y se te han llenado los ojos de carnívoras aguas!

V

He estado sumergido largos inviernos, he dormido ferozmente bajo los atrios, delante de mi faz los mendigos han celebrado sus misas.

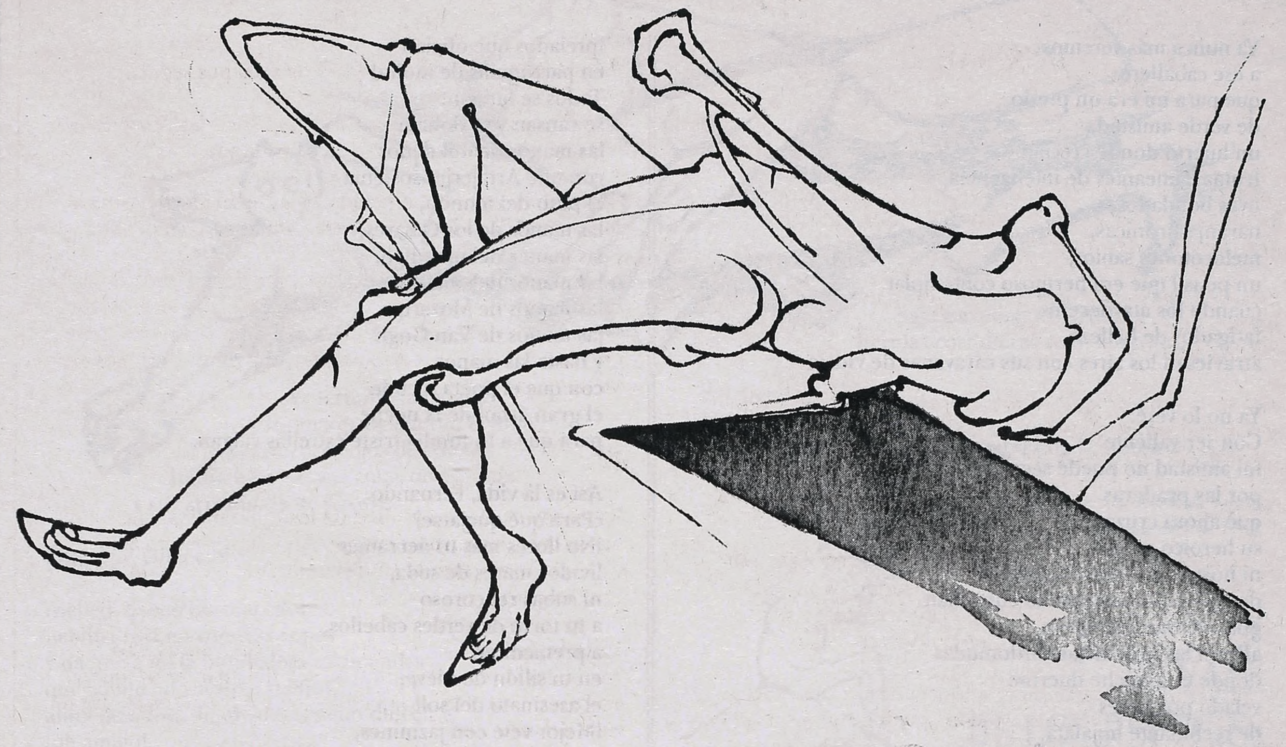
El viento derriba invisibles torreones, el invierno hojea su viejo libro y yo recuerdo a Déborah.

¡Oh gentiles espumas, tímidos mares enanos, en vuestros sagrados pechos recliné mi cornamenta de oro cuando Déborah me amaba!

Era en los desvanes del treceavo mes, era cuando mi corazón pastaba en las praderas infantiles del mar.

En sueños, escarchado de rabia, miré que el cielo enfermaba y las estrellas tosían y el sol se cubría de moscas venidas de Oriente.

¡Oh Déborah: cuando desperté la corrompida Diosa de Marfil sollozaba; ante los templos, bajo el sol subterráneo, tu calavera sonreía!



VI

Si algún día, en tu barbuda torre, en tu país baldado, oyes jadear las herrumbrosas hélices del odio, comprenderás que no he mentido.

Porque amé tu rostro azul, idolatré tus ojos viciosos, tu barriga hinchada de hongos mortales.

No reniego haberte visto entre los cánticos de seda de los lunáticos, anunciando de la peste los reinos deslumbrantes.

¿Qué amor, qué amor pudiste sentir por mí, lívido grajo?

Era verano cuando te descolgaste de los campanarios –era un escamoso día de verano– cuando emergiste entre las algas gritando: "¡Voy a perderte!"

Yo chillé de alegría porque hacía muchos meses que me negabas tus besos: ebrio de gloria arrastré de los cabellos a la pobre tarde.

En aquella gruta fuimos felices y los paseantes palidecieron cuando Déborah y yo, dulcemente abrazados, cruzamos las islas seguido por las bandadas que llevaban a cuestas nuestros mantos.

Déborah: tuve que partir.

La tempestad tiene ojos centelleantes: mi corazón padece en aquella isla blanca.

Déborah: yo sé que me oyes, yo sé que en tu guarida escuchas el silbido amarillo de nuestra inolvidable cobra y luego sollozas y después el olvido.

IV
RÉQUIEM PARA UN GENTILHOMBRE:
Elogio y despedida a Fernando Quízpes Asín

a Teo, su madre

Si se te ha esfumado un bien terreno,
no estés por ello en pena, que nada es.
Y si has tomado posesión de un mundo,
no te alegres por ello, que nada es.
Pasan las penas, las dichas todas,
pasa tú de largo frente al mundo, que nada es.
GOETHE

Ya es difunto, señores.
Ya los niños,
con sus juegos terribles,
arrancaron las plumas de sus palacios
y con quijadas verdes
trituraron sus esqueletos áureos.

Ya murió, señores;
ya los jardines
donde las abuelas balaban
acariciando la giba del estío,
pueblanse de ballenas
que lanzan amarillos chorros de pena.
Ya degollaron los bosques
donde aquel poeta soñaba
convertirse en un pájaro maravilloso.

Ya nunca más veremos
a ese caballero
que para mí era un prado
de verde amistad,
un huerto donde crecían
frutas llameantes de inteligencia,
uvas bondadosas,
naranjas irónicas,
melocotones sabios,
un pensil que era hermoso contemplar
cuando los atardeceres,
fatigados de belleza,
atraviesan los aires con sus caravanas de vidrio.

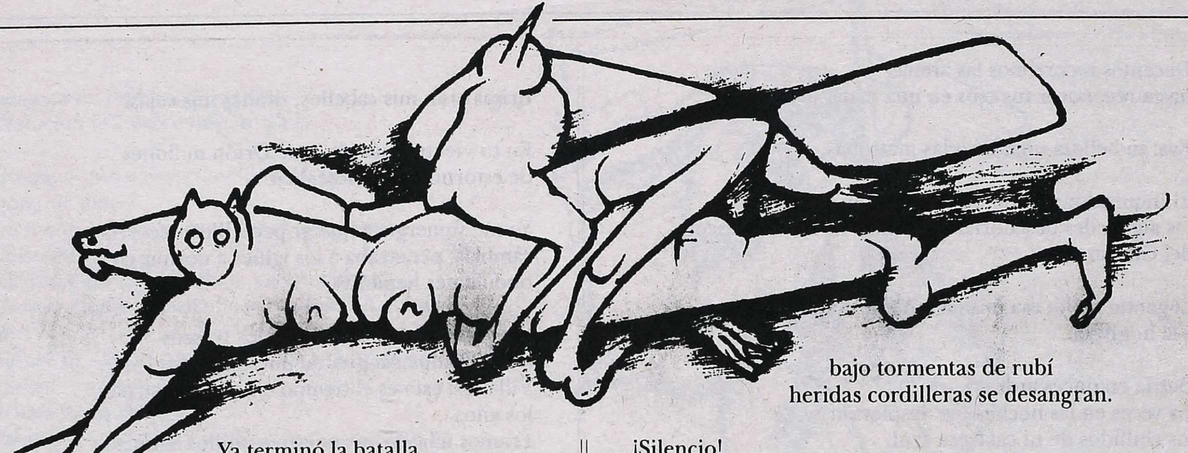
Ya no lo veré.
Con ser valiente
mi amistad no puede seguirlo
por las praderas
que ahora cruza
su heroico galeón,
ni hospedarse en los castillos
donde ya por siempre lo custodian
guarniciones de hueso,
allá en las provincias sordomudas
donde esta noche duerme
velado por peces
de rechinante hojalata.

Ya no lo veré,
ya nunca más el mundo
verá saltar de continente
en continente los delfines
con que se complacía
su plateada inteligencia;
ya jamás las madres,
en sus madrigueras,
oirán piar en el alba
a sus malvados neblíes de latón;
ya jamás, jamás lo veremos
retornar del futuro,
cargado con el funesto
tesoro de brasas
que en barbudos mares,
aquel mago recogía.
Ya Fernando es un muerto
que sube jadeando
la negra escalinata
por donde del Sol
hacia el olvido,
lentamente bajamos.

¡Oh invencibles faraones
a cuya faz humeante
huían desencajados los ejércitos,
Señores de los Siete Mundos,
que con mover la cola
derribaban las lunas más valientes,
pávidos ahora ante la más torpe terme!
¡Emperadores insolentes
que despreciaron vestir
hasta los jubones del Pavo Real,
hoy dichosos
con mal labrados palacios de estiércol!
¡Jaspeados Arzobispos
que ya quisieran telas de araña
para adornar
sus basílicas de liquen!,
¡prelados que ofician
en parroquias de moho!
Todos se fatigan,
se cansan y se doblan:
las manos de mil dedos
con que Artajerjes sostenía
el peso del mundo,
las manos de los Césares,
las manos del mendigo,
las manos del amante,
las manos de Mozart,
las manos de Van Gogh
y hasta las manos
con que el poeta sacude
el gran árbol de la noche
para que a tu tumba triste estrellas caigan.

Así es la vida, Fernando.
¿Para qué quejarse?
¡No llores más ni derrames
lívidos mares de seda,
ni subas rencoroso
a tu torre de verdes cabellos,
a premeditar,
en tu sillón de nieve,
el asesinato del sol!
¡Mejor vete con jazmines,
vete sobre bandadas
de música amarilla,
vete de siglo en siglo,
tras tu gentileza,
halada por delfines!

¡Tú no eres este charco
de rencorosa luna!
¡Tú no eres este tesoro
de sanguinario pico!
Yo no conozco a este guerrero
que al fondo de hospitales
combate con ejércitos enanos,
entre flautistas ciegos
y arañas tan altas
que tejen sus telas entre los astros.
¡Tú no puedes ser este Rey
donde se pudren diamantes!
¡Tú sabías que la muerte
no tiene cola de filudo laberinto
sino que es un ruiseñor de madera
que canta en la cima de la dulzura!
Porque terriblemente hermoso es morir.
¡Es hermoso acariciar
el plumaje colérico del mar
a la hora en que el implacable rey
proclama su tiranía azul,
pero tambien es hermoso
cerrar los ojos y llenarse a borbotones
de estrellas, de estrellas y de estrellas!
¡Silencio!
¡Silencio en los patíbulos
adonde esta tarde conducen a los cisnes!
¡Silencio en las planicies
donde los parricidas pastan!
¡Silencio en las grutas
donde los pontífices violan gorriones!
¡Silencio en las hogueras
donde las novias queman dinosaurios
y en mis heridas que manan música tristísima!



bajo tormentas de rubí
heridas cordilleras se desangran.

Ya terminó la batalla
y los margraves miran la luna
con famélicos ojos de coyote:
inútiles fueron sus cotas de espuma
y sus armaduras de pájaros.

¡Silencio! ¡Silencio!

¡Bebed, bebed oh vencedores,
neblina roja en vuestras copas
y dadme a mí la bondadosa salamandra
que habita en vuestros sueños,
alimentándose de olvido, veneno dulce!
¡oh amigo!,
¡oh tigre!,
¡oh pariente de sirenas!,
¡Gentilhombre digno del rocío!
¡Por ti, sólo por ti yo no rehúso
la carnívora rosa de los heresiarcas,
los dados del lunático,
ni el yelmo alacrino de Luzbel!
¡Sólo por ti!

¡Silencio! ¡Silencio!

¡Que ni vasallos,
ni príncipes ululen,
ni madres con antorchas
bajo la mar caminen!

¡Silencio! ¡Silencio!

¡Que los Profetas
que pastan pirámides
más allá de las ínsulas,
donde empolla
sus funestos huevos el Error,
convoquen a las Razas y anuncien
que mi amigo ya no llora,
ni nieva penumbra,
ni crece en su trono
de maligna pedrería!

¡Silencio! ¡Silencio!

No es triste su rostro
cuando al embarcadero
con pausada elegancia,
sereno, se encamina:
poco a poco
se sumerge en la luna
y se aleja bogando,
mientras a lo lejos,

¡Silencio!
¡Silencio para siempre!
¡Silencio ante las ruinas humeantes de la alondra!

A los treinta días de su muerte,
el 4 de septiembre de 1962.



V
EL VALS DE LOS REPTILES

a Eduardo Lizalde

EVA

Entre todas las doncellas que pastan
en los patios del Sofista ninguna más hermosa
que Eva,
Eva, la del cuello especialmente creado
para ramonear hierba en otros planetas.

Eva,

ahora sólo eres un agujero donde el zorro
esconde sus tesoros epilépticos.

Eva,

por tu anillo
pasaban tiritando, el falo erecto, los planetas
iracundos.

Eva y yo a picotazos disputábamos
los gusanillos de los años.
Ustedes son jóvenes,
ustedes nunca sabrán cómo era este
poblado en el tiempo en que la ciudad vivía
colgada del rabo de los purísimos mandriles.

La cornivoleta muchacha llegaba.
Hervía la ciudad.
En los billares pastan las calumnias,
en los circos cacarea la arena.
Me saltan las lágrimas cuando el Dandy
me conduce a los balnearios donde Eva
los obeliscos de nuestra pasión empollaba.

Por las playas buscábamos delirios, quizá estrellas,
megaterios.

Decenios recorrimos las arenas
hasta reconocer tus ojos en una malagua.

Eva: tu belleza ofendió a las matronas.

El Inquisidor mandó desnudarte: en tus senos
los alguaciles descubrieron huellas de los mordiscos
del Giboso.

El gentío aulló: esa misma tarde te condujeron
a la hoguera.

Desde entonces ardes
y a veces en las noches me despiertan
los chillidos de tu calavera azul.

LORENA

He delirado por penetrar en estos desfiladeros,
he padecido por esta estatua
a cuyas tetas todo un pueblo de viciosas pirámides
se prendía.
En aquel tiempo mi rostro era un médano,
mi voz una araña.
¡Tú eras la miel que caía
por las quijadas de mi pesadilla!
No te debí amar.
No debí penetrar en el antro del futuro,
no debí coronar de úlceras al rey del sueño,
no debí nacer en esta ciudad de mandíbula
babeante,
no debí ser un anacoreta, un insecto,
un herbolario, un profeta, un traidor, un peregrino.

Por entre los fuselajes abatidos de las putas,
enredada en la cabellera del cielo por donde caen
rugiendo los maricas,
igualmente alcanzados por el fuego antiaéreo,
meneas tu resplandeciente culo.

Yo permito que los cangrejos prosperen
bajo mi lengua,
mientras la cretina derrama sus nalgas
sobre las luciérnagas, devora las murallas centinelas
de mis sueños.
Yo me asomo a mirar el gran mar.
¡Decenios he mezclado pócimas para hallar
la palabra!

¡No hay palabra!
La quimera no permite acariciar su plumaje.
La pasión no es comunicable.
Las galaxias se alejan a trescientos mil
kilómetros por suspiro de nuestros labios.

Lorena:
sólo tú conoces nuestros gustos,
sólo tú sabes que al terminar el invierno
debes despertarnos con la cucharada de luciérnagas
sin la cual existir es imposible.

DALMACIA

Como Jonás viví mi juventud en el vientre
de Dalmacia.

Brisas eran mis cabellos, tifones mis cejas.

En tu vientre más alto que Orión millones
de estorninos revoloteaban.

Yo me sumergía a buscar pececillos, recorría
ramblas, penetraba a los iglúes a dormir con
ondulantes hembras.

El viento de marzo quiebra los frascos
donde Dalmacia guarda nuestros fetos.
Villanos: éste es el tiempo en que menstruan
los años.
Éramos felices: por nuestros anillos Saturno
saltaba dichoso.
Jaulas de alisios, auroras palpitantes
Dalmacia me traía.
Pero faltaron las brisas, las pestes
despoblaron los mares.
Bajo soles negros, la lengua seca, vagamos
por océanos calvos.

Dalmacia agonizante me vomitó sobre las playas.
Yo quise besarla,
hacia países verdes en brazos conducirla.
Yo grité desde los acantilados:
¡Dalmacia, es difícil vivir!
¡Es difícil llevarse a los labios tazas humeantes
de sueños!

No me oía.
Entre los témpanos nadaba para siempre neblina.

EUNÍDICE

al doctor Manuel Quijano Narezo

Eunídice,
la que se alimenta con cucharadas
de mis pómulos,
me posee.

Montada en el lomo de mis traiciones,
seguida por la muchedumbre de mis mentiras,
entre las jaurías de mis delirios,
eructando relámpagos
emerge de su gruta,
viene,
me arranca los élitros;
donde estuvo mi amor
deja un oleaje de medianoches corrompidas.
Yo retuerzo tu nombre de penada,
de prófuga, de puta, de luciérnaga maldita.

No sé lo que digo:
el calor me enloquece,
arranca los tentáculos de mi canción
retorcida.
Mi pasión es como esas tarántulas
que bajo la nieve aguardan siglos
para precipitarse sobre los países.

No, no es el calor.
El calor no despierta a los muertos.
El pasado no obliga a masturbarse a los santos.

Grazna en mi hombro la niebla.
Oh estación nublada como mi alma.

¿Pero quién nos asiste cuando la noche toca
su gong de nieve?
¿Quién nos consuela cuando el pasado eriza
su cornamenta?
¿Quién nos abraza cuando la locura quiebra
los frascos donde guardamos las orejas de nuestro
amor?
¡Hombre de cabeza cortada, hombre de sombra
cortada:
márchate hacia el polo,
remando en la frágil barquilla de tu oreja cortada,
de tu alma cortada,
de tu sonrisa cortada!

¡No me marcharé!
Mis días enflaquecerán en su jaula.
No partiré.
Nunca escaparé del corral de mi piel.
Estoy estigmatizado, estoy llagado, estoy bendito,
te has fundido en mi voz.
No me dejas,
oh novia oh loba oh animal condenado a la misma pena.

Rogad por mí.
Pedid por el apestado.
Rogad por el calcinado.
Pedid por el inundado.
Suplicad a la noche que descargue su hacha de nieve.
Estoy clavado al alfiler
de mi pasión sombría.
Orad para que las estatuas alcancen
a conciliar el sueño.



ÍNDICE